5284

HAMLET

DRAMA EN CINCO ACTOS

TRADUCCION DE LA OBRA

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE

POR

L. FERNANDEZ MORATIN



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

SHAKESPEARE

PRINTED IN SPAIN

HAMLET

DRAMA EN CINCO ACTOS

TRADUCCION DE LA OBRA

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE

POR

L. FERNANDEZ MORATIN



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

PERSONAJES

CLAUDIO, rey de Dinamarca.
GERTRUDIS, reina de Dinamarca.
HAMLET, príncipe.
FORTIMBRAS, príncipe de Noruega.
La sombra del rey Hamlet.
POLONIO, sumiller de corps.
LAERTES, hijo de Polonio.
OFELIA, hija de Polonio.
HORACIO, amigo de Hamlet.
VOLTIMAN, CORNELIO, RICARDO, GUILLERMO, ENRIQUE, } cortesanos.
MARCELO, BERNARDO, FRANCISCO, } soldados.
REINALDO, criado de Polonio.
Dos embajadores de Inglaterra.
Un cura.
Un caballero.
Un capitán.
Un guardia.
Un criado.
Dos marineros.
Dos sepultureros.
Cuatro cómicos.
Acompañamiento de grandes, caballeros, damas, soldados, curas, cómicos, criados, etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingor, en sus cercanías y en las fronteras de Dinamarca.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Explanada delante del palacio real de Elsingor. Noche obscura

FRANCISCO, BERNARDO

Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hacia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.

Bernardo.—¿Quién está ahí?

Francisco.—No: respóndame él á mí. Deténgase, y diga quién es...

Bernardo.—Viva el rey.

Francisco.—¿Es Bernardo?

Bernardo.—El mismo.

Francisco.—Tú eres el más puntual en venir á la hora.

Bernardo.—Las doce han dado ya; bien puedes ir á recogerte.

Francisco.—Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frío que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

Bernardo.—¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

Francisco.—Ni un ratón se ha movido.

Bernardo.—Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

Francisco.—Me parece que los oigo... Alto ahí. ¡Eh! ¿Quién va?

ESCENA II

HORACIO, MARCELO y dichos

Horacio.—Amigos de este país.
Marcelo.—Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.
Francisco.—Buenas noches.
Marcelo.—¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?
Francisco.—Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(Vase Francisco. Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela).

Marcelo.—¡Hola, Bernardo!
Bernardo.—¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?
Horacio.—Un pedazo de él.
Bernardo.—Bien venido, Horacio; Marcelo, bien venido.
Marcelo.—Y qué, ¿se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?
Bernardo.—Yo nada he visto.
Marcelo.—Horacio dice que es aprensión nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de ese espantoso fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.
Horacio.—¡Qué! No, no vendrá.
Bernardo.—Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oir, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.
Horacio.—Muy bien: sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos cuente. *(Siéntanse los tres).*
Bernardo.—La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo había hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo

donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una...

MARCELO.—Chit. Calla; mírale por dónde viene otra vez.

(Se aparece á un extremo del teatro la sombra del rey Hamlet armado de todas armas, con un manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos).

BERNARDO.—Con la misma figura que tenía el difunto rey.

MARCELO.—Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.—¿No se parece todo al rey? Mírale, Horacio.

HORACIO.—Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.—Querrá que le hablen.

MARCELO.—Háblale, Horacio.

HORACIO *(se encamina hacia donde está la sombra)*.—¿Quién eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la majestad del soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? Habla: por el cielo te lo pido.

(Vase la sombra á paso lento).

MARCELO.—Parece que está irritado.

BERNARDO.—¿Ves? Se va como despreciándonos.

HORACIO.—Deténte, habla. Yo te lo mando, habla.

MARCELO.—Ya se fué. No quieres responderos.

BERNARDO.—¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas, y has perdido el color. ¿No es esto algo más que aprensión? ¿Qué te parece?

HORACIO.—Por Dios, que nunca lo hubiera creído sin la sensible y cierta demostración de mis propios ojos.

MARCELO.—¿No es enteramente parecido al rey?

HORACIO.—Como tú á ti mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega; y así le ví arrugar ceñudo la frente cuando en una alteración colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... ¡Extraña aparición es ésta!

MARCELO.—Pues de esa manera, y á esta misma

hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante de nuestra guardia.

Horacio.—Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nación.

Marcelo.—Ahora bien, sentémonos *(siéntanse)*; y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundición de cañones de bronce, y este acopio extranjero de máquinas de guerra? ¿Á qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afán molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los días? ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

Horacio.—Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro último rey (cuya imagen acaba de aparecérsenos) fué provocado a combate, como ya sabéis, por Fortimbrás de Noruega, estimulado éste de la más orgullosa emulación. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado según el fuero de las armas, cedía al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro rey se obligó también á cederle una porción equivalente, que hubiera pasado a manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el joven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falto de experiencia y lleno de presunción, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y según claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictamen,

el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitación y movimiento en que toda la nación está.

Bernardo.—Si no es ésa, ya no alcanzo cuál puede ser... Y en parte lo confirma la visión espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del rey que fué y es todavía el autor de estas guerras.

Horacio.—Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época más gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro país y á nuestra gente... Pero... silencio... ¿Veis?... Allí... Otra vez vuelve... *(Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres, y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hacia la sombra, y los otros dos siguen detrás).* Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro... Deténte, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algún beneficio para tu descanso y mi perdón, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu país, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, después de la muerte vagáis inquietos, decláralo... deténte y habla... Marcelo, deténle...

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra; los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita, y desaparece con prontitud).

Marcelo.—¿Le daré con mi lanza?

Horacio.—Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

Bernardo.—Aquí está.

Horacio.—Aquí.

Marcelo.—Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

Bernardo.—El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.

Horacio.—Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y el fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinión.

(Empieza á iluminarse lentamente el teatro).

Marcelo.—En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningún espíritu se atreve á salir de su morada; las noches son saludables, ningún planeta influye siniestramente, ningún maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos días!

Horacio.—Yo también lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved cómo ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinión que digamos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche; porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligación?

Marcelo.—Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con más seguridad.

ESCENA III

Salón de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, caballeros, damas y acompañamiento.

Claudio.—Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones, y á que en todo el reino sólo se observe la imagen del dolor, con todo eso, tanto ha combatido en mí la razón á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nación; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la aflicción. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasión ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el joven Fortimbrás, estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunión, fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre, y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reune, véisle aquí: Escribo al rey de Noruega, tío del joven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante; pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su cali-

dad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú, Voltiman, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que exceda los límites expresados en estos artículos. *(Les da unas cartas).* Id con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia el celo de servirme.

VOLTIMAN.—En ésta y cualquiera otra comisión os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.—No lo dudaré. El cielo os guarde.

ESCENA IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, damas, caballeros y acompañamiento

CLAUDIO.—Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretensión: ¿no me dirás cuál sea? En cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme, que no sea más ofrecimiento mío que demanda tuya? No es más adicto á la cabeza el corazón, ni más pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.—Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronación; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinación me llaman de nuevo á aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.—¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

POLONIO.—A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mío, y os ruego, señor, que se la concedáis.

CLAUDIO. — Elige el tiempo que te parezca más oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea más

conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.—Algo más que deudo y menos que amigo.

CLAUDIO. — ¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.—Al contrario, señor: estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.—Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, común es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.—Sí, señora, á todos es común.

GERTRUDIS.—Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.—¿Aparentar? No, señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante río, ni la dolorida expresión del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad, pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí *(tocándose el pecho)*, aquí dentro tengo lo que es más que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.—Bueno y laudable es que tu corazón pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo: tu padre perdió un padre también, y aquél perdió el suyo. El que sobrevive limita la filial obligación de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinación impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazón débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazón padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan común como cualquiera de las cosas que más á

menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razón, que nos da en la muerte de nuestros padres la más frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: «mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza; considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona más inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto más puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolución de volver á los estudios de Witemberga es la más opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

Gertrudis.—Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

Hamlet.—Obedeceros en todo será siempre mi priner conato.

Claudio.—Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañón robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V

HAMLET

¡Oh, si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas, ó el Todopoderoso no asestara el cañón contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mío! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, in-

sípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!... No, ni tanto; aun no há dos meses. Aquel excelente rey que fué, comparado con éste, como con un sátiro, Hiperión; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitía llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¿para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesión hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes... ¡ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad, tú tienes nombre de mujer! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma... ¡Cielos! una fiera, incapaz de razón y discurso, hubiera mostrado aflicción más durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no más parecido á él, que yo lo soy á Hércules. En un mes... enrojecidos aún los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah delincuente precipitación, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazón mío, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO

Horacio.—Buenos días, señor.

Hamlet.—Me alegro de verte bueno... ¿Es Horacio, ó me he olvidado de mí propio?

Horacio.—El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

Hamlet.—Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?... ¡Ah, Marcelo!

Marcelo.—Señor.

Hamlet.—Mucho me alegro de verte con salud también. Pero, la verdad, ¿a qué has venido de Witemberga?

Horacio.—Señor... deseos de holgarme.

Hamlet.—No quiera oir de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oídos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero dime, ¿qué asuntos tienes en Elsingor? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

Horacio.—He venido á ver los funerales de vuestro padre.

Hamlet.—No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

Horacio.—Es verdad: ¡como se han celebrado inmediatamente!

Hamlet.—Economía, Horacio, economía. Aun no se habían enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... me parece que veo á mi padre.

Horacio.—¿En dónde, señor?

Hamlet.—Con los ojos del alma, Horacio.

Horacio.—Alguna vez le ví. Era un buen rey.

Hamlet.—Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

Horacio.—Señor, yo creo que le ví anoche.

Hamlet.—¿Le viste? ¿A quién?

Horacio.—Al rey vuestro padre.

Hamlet.—¿Al rey mi padre?

Horacio.—Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

Hamlet.—Sí, por Dios, dímelo.

Horacio.—Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armado según él solía de piés a cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimía el pavor, acercándose hasta donde ellos

podían alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible; voime a la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habían dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparición. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mías.

Hamlet.—¿Y en dónde fué eso?

Marcelo.—En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

Hamlet.—¿Y no le hablasteis?

Horacio.—Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese a hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

Hamlet.—¡Es cosa bien admirable!

Horacio.—Y tan cierta como mi existencia. Nosotros hemos creído que era obligación nuestra avisaros de ello, mi venerable príncipe.

Hamlet.—Sí, amigos, sí... pero esto no me llena de turbación. ¿Estáis de centinela esta noche?

Todos.—Sí, señor.

Hamlet.—¿Decís que iba armado?

Todos.—Sí, señor, armado.

Hamlet.—¿De la frente al pie?

Todos.—Sí, señor, de pies á cabeza.

Hamlet.—Luego no le visteis el rostro.

Horacio.—Le vimos, porque traía la visera alzada.

Hamlet.—Y qué, ¿parecía que estaba irritado?

Horacio.—Más anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

Hamlet.—¿Pálido, ó encendido?

Horacio.—No, muy pálido.

Hamlet.—¿Y fijaba la vista en vosotros?

Horacio.—Constantemente.

Hamlet.—Yo hubiera querido hallarme allí.

Horacio.—Mucho pavor os hubiera causado.

2

Hamlet.—Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció mucho tiempo?

Horacio.—El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.

Marcelo.—Más, más estuvo.

Horacio.—Cuando yo le ví, no.

Hamlet.—La barba blanca, ¿eh?

Horacio.—Sí, señor, como yo se la había visto, cuando vivía, de un color ceniciento.

Hamlet.—Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

Horacio.—¡Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

Hamlet.—Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas, me impusiera silencio. Yo os pido á todos, que así como hasta ahora habéis callado a los demás lo que visteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no a la lengua; yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

Todos.—Nuestra obligación es serviros.

Hamlet.—Sí, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mío. Adiós. *(Vanse los tres.)* El espíritu de mi padre... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh, si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mía. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII

Sala de casa de Polonio

LAERTES, OFELIA

Laertes.—Ya tengo todo mi equipaje á bordo. Adiós, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de ti.

Ofelia.—¿Puedes dudarlo?

Laertes.—Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir, y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento, y nada más.

Ofelia.—¿Nada más?

Laertes.—Pienso que no; porque no sólo en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen también con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borrón alguno la pureza de su intención; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar según á su nacimiento corresponde. El no puede, como una persona vulgar, elegir por sí mismo, puesto que de su elección depende la salud y la prosperidad de todo un reino; y ve aquí por qué esta elección debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en ti no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa, nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte más principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padecería tu honor, si con demasiada credulidad dieras oídos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazón, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana; no sigas inconsiderada tu inclinación; huye el peligro, colocándote fuera de tiro de los amorosos deseos. La doncella más honesta es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su botón se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son más frecuentes. Conviene pues no omitir precaución alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor

prudente. La juventud, aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.—Yo conservaré para defensa de mi corazón tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos pastores hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.—¡Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado; pero allí viene mi padre: pues la ocasión es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendición repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII

POLONIO, LAERTES, OFELIA

POLONIO.—¿Aun estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! A bordo, á bordo; el viento impele ya por la popa tus velas, y á ti solo aguardan. Recibe mi bendición, y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos: No publiques con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste después de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascarón y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de ti. Presta el oído á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demás; pero reserva tu propia opinión. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no extravagante; porque el traje dice por lo común quién es el sujeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu

de economía y buen orden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demás: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al día. Adiós, y él permita que mi bendición haga fructificar en ti esos consejos.

LAERTES.—Humildemente os pido vuestra licencia.

(Se arrodilla y besa la mano á Polonio.)

POLONIO.—Sí, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan; véte.

LAERTES.—Adiós, Ofelia *(abrazándose Ofelia y Laertes)* y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.—En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.—Adiós.

ESCENA IX

POLONIO, OFELIA

POLONIO.—¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.—Si gustáis de saberlo, cosas relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.—Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mía y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.—Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.—¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA.—Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.—En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien, que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son

moneda corriente. Estímate en más á ti propia; pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la comenzada alusión), harás que pierda el entendimiento.

Ofelia.—El me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta, que...

Polonio.—Sí, por cierto; apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

Ofelia.—Y autorizó cuanto me decía con los más sagrados juramentos.

Polonio.—Sí, ésas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son relámpagos, hija mía, que dan más luz que calor: éstos y aquéllos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser más avara de tu presencia virginal; pon tu conversación á precio más alto, y no á la primera insinuación admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él solamente que es un joven, y que si una vez afloja las riendas, pasará más allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fementidas, ni es verdadero el color que aparenta; son intercesoras de profanos deseos; y si parecen sagrados y piadosos votos, es sólo para engañar mejor Por último. te digo claramente, que de hoy más no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversación con el príncipe. Cuidado con hacerlo así; yo te lo mando. Vete á tu aposento.

Ofelia.—Así lo haré, señor.

ESCENA X

Explanada delante del palacio. Noche obscura

HAMLET, HORACIO, MARCELO

Hamlet.—El aire es frío y sutil en demasía.

Horacio.—En efecto, es agudo y penetrante.

Hamlet.—¿Qué hora es ya?

Horacio.—Me parece que aun no son las doce.

Marcelo.—No, ya han dado.

Horacio.—No las he oído. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿qué significa este ruido, señor?

(Suena á lo lejos música de clarines y timbales.)

Hamlet.—Esta noche se huelga el rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspiés de embriaguez; y a cada copa del Rhin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

Horacio.—¿Se acostumbra eso aquí?

Hamlet.—Sí se acostumbra; pero aunque he nacido en este país y estoy hecho á sus estilos, me parece que sería más decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde oriente á occidente. Nos llaman ebrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por más que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputación. Así acontece frecuentemente a los hombres. Cualquier defecto natural en ellos, sea de nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquier desorden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razón, ó sea cualquier hábito que se aparta demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán, no obstante, amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña; un solo adarme de mezcla quita el valor al más precioso metal, y le envilece.

Horacio.—¿Veis, señor? ya viene.

(Aparécese la sombra del rey Hamlet hacia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y después se encamina hacia ella.)

Hamlet.—¡Angeles y ministros de piedad, defen-

dednos! Ya seas alma dichosa ó condenada visión, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intención la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro, donde te dimos urna pacífica te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? ¿y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitación espantosa con ideas que exceden á los alcances de nuestra razón? Dí, ¿por qué es esto? ¿por qué? ó ¿qué debemos hacer nosotros?

Horacio.—Os hace señas de que le sigáis, como si deseara comunicaros algo á solas.

Marcelo.—Ved con qué expresivo ademán os indica que le acompañéis á lugar más remoto; pero no hay que ir con él.

Horacio.—No, por ningún motivo.

Hamlet.—Si no quiere hablar, habré de seguirle.

Horacio.—No hagáis tal, señor.

Hamlet.—¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerle, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voile a seguir.

Horacio.—Pero, señor, si os arrebata al mar o á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impediros el uso de razón, y enajenarla con frenesí... ¡Ay! ved lo que hacéis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

Hamlet.—Todavía me llama... Camina. Ya te sigo.

(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia, y la sigue.)

Marcelo.—No, señor, no iréis.
Hamlet.—Dejadme.
Horacio.—Creedme, no le sigáis.
Hamlet.—Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del león de Nemea. Aun me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mías el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI

HORACIO, MARCELO

Horacio.—Su exaltada imaginación le arrebata.
Marcelo.—Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.
Horacio.—Sí, vamos detrás de él... ¿Cuál será el fin de este suceso?
Marcelo.—Algún grave mal se oculta en Dinamarca.
Horacio.—Los cielos dirigirán el éxito.
Marcelo.—Vamos, sigámosle.

ESCENA XII

Parte remota cercana al mar' vista á lo lejos del palacio de Elsingor

HAMLET, la sombra del rey HAMLET

Hamlet.—¿A dónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.
La sombra.—Mírame.
Hamlet.—Ya te miro.
La sombra.—Cuasi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.
Hamlet.—¡Oh, alma infeliz!
La sombra.—No me compadezcas: presta sólo atentos oídos á lo que voy á revelarte.
Hamlet.—Habla, yo te prometo atención.
La sombra.—Luego que me oigas, prometerás venganza.
Hamlet.—¿Por qué?
La sombra.—Yo soy el alma de tu padre, destinada

por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el día, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prisión que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría á despedazar tu corazón; helar tu sangre joven; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las púas del colérico espín. Pero estos eternos misterios no son para los oídos humanos. Atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

Hamlet.—¡Oh Dios!

La sombra.—Venga su muerte; venga un homicidio cruel y atroz.

Hamlet.—¿Homicidio?

La sombra.—Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el más cruel y el más injusto y el más aleve.

Hamlet.—Refiéremelo presto, para que con alas veloces como la fantasía, o con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

La sombra.—Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaría de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre hoy ciñe su corona.

Hamlet.—¡Oh! Présago me lo decía el corazón. ¡Mi tío!...

La sombra.—Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidores dádivas... (¡Oh, talento y dádivas malditas, que tal poder tenéis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh, Hamlet, cuán grande fué su caída! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro des-

posorio le hice, yo fuí aborrecido, y se rindió a aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mías. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolución procure excitarla bajo divina forma, así la incontinencia, aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardín, según lo acostumbraba siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilación, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la más pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado, comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fué, que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de la agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh, maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominable incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la acción, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo; deja que aquellas agudas puntas, que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adiós. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día. Adiós, adiós. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII

HAMLET, y después HORACIO y MARCELO

HAMLET.—¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quién más? ¿invocaré al infierno también?... ¡Eh! no... Deténte, corazón mío, deténte; y vos, mis nervios, no así os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh, mujer la más delincuente! ¡Oh, malvado, malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene que yo apunte en este libro... *(Saca un libro de memorias, y escribe en él.)* Sí... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y éste es mi tío... Sí, tú eres... ¡Ah! pero la expresión que debo conservar es ésta: «Adiós, adiós, acuérdate de mí». Yo he jurado acordarme.

HORACIO *(gritando desde adentro)*.—¡Señor! ¡señor!

MARCELO *(gritando desde adentro)*.—¡Hamlet!

HORACIO.—Los cielos le asistan.

HAMLET.—¡Oh! háganlo así.

MARCELO.—¡Hola! ¡eh! señor.

HAMLET.—¡Hola amigos, ¡eh! venid, venid acá

(Salen Horacio y Marcelo.)

MARCELO.—¿Qué ha sucedido?

HORACIO.—¿Qué noticias nos dais?

HAMLET.—¡Oh! maravillosas.

HORACIO.—Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.—No, que lo revelaréis.

HORACIO.—No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.—Ni yo tampoco.

HAMLET.—¿Creéis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano...? Pero ¿guardaréis secreto?

Los dos.—Sí, señor, yo os lo juro.

Hamlet.—No existe en toda Dinamarca un infame... que no sea un gran malvado.

Horacio.—Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

Hamlet.—Sí, cierto, tenéis razón; y por eso mismo, sin tratar más del asunto, será bien despedirnos y separarnos; vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinación os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabéis, á mi triste ejercicio, á rezar.

Horacio.—Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y orden.

Hamlet.—Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas; sí, por cierto, me pesa en el alma.

Horacio.—¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

Hamlet.—Sí, por san Patricio que sí la hay, y muy grande, Horacio... En cuanto á la aparición... es un difunto venerable... sí, yo os lo aseguro... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedáis una corta merced.

Horacio.—Con mucho gusto, señor; decid cuál sea.

Hamlet.—Que nunca revelaréis á nadie lo que habéis visto esta noche.

Los dos.—A nadie lo diremos.

Hamlet.—Pero es menester que lo juréis.

Horacio.—Os doy mi palabra de no decirlo.

Marcelo.—Yo os prometo lo mismo.

Hamlet.—Sobre mi espada.

Marcelo.—Ved que ya lo hemos prometido.

Hamlet.—Sí, sí, sobre mi espada.

La sombra.—Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situación, según lo indica el diálogo.)

Hamlet.—¡Ah! ¿eso dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo. ¿Queréis jurar?

Horacio.—Proponed la fórmula.

HAMLET.—Que nunce diréis lo que habéis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.—Juradlo.

HAMLET.—¿*Hic et ubique?* Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca diréis nada de esto que habéis oído y visto.

LA SOMBRA.—Juradlo por su espada.

HAMLET.—Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.—¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡qué extraño prodigio es este!

HAMLET.—Por eso como á un extraño debéis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y, como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por más singular y extraordinaria que sea de hoy más mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así daréis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que... ó en fin, cualquiera otra expresión ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabéis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.—Jurad.

HAMLET.—Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo a vosotros con la mayor instancia, y creed que por más infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimación y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desorden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh! ¡nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de Polonio

POLONIO, REINALDO

POLONIO.—Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas. *(Le da un bolsillo y unas cartas.)*

REINALDO.—Así lo haré, señor.

POLONIO.—Sería un admirable golpe de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REINALDO.—En eso mismo estaba yo.

POLONIO.—Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en qué términos, con quién y dónde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces ve en derechura á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿Lo has entendido?

REINALDO.—Sí, señor, muy bien.

POLONIO.—Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que es bien calavera; inclinado á tal ó tal vicio... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla sólo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REINALDO.—Como el jugar, ¿eh?

POLONIO.—Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, putear... Hasta esto bien puedes alargarte.

REINALDO.—Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

Polonio.—No por cierto; además, que todo depende del modo que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un joven abandonado enteramente a la disolución; no, no es ésa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujeción, y no otra cosa, extravíos de una imaginación ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

Reinaldo.—Pero, señor...

Polonio.—¡Ah! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

Reinaldo.—Gustaría de saberlo.

Polonio.—Pues, señor, mi fin es éste, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa), ganarás por medio de la conversación la confianza de aquél a quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinión, diciendo: señor mío, ó amigo, ó caballero, en fin, según el título ó dictado de la persona ó del país...

Reinaldo.—Sí, ya estoy.

Polonio.—Pues entonces él dice... dice... ¿Qué iba yo a decir ahora...? Algo iba yo a decir. ¿En qué estábamos?

Reinaldo.—En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

Polonio.—Sí, concluirá diciendo... es verdad... así te dirá precisamente: Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le ví, ó cualquier otro día, ó en tal y tal ocasión, con éste ó con aquel sujeto; y allí, como habéis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota, y... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad, que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulación. Así lo harás con mi hijo,

según la instrucción y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REINALDO.—Sí, señor, quedo enterado.

POLONIO.—Pues adiós, buen viaje.

REINALDO.—Señor...

POLONIO.—Examina por ti mismo sus inclinaciones.

REINALDO.—Así lo haré.

POLONIO.—Dejándole que obre libremente.

REINALDO.—Está bien, señor.

POLONIO.—Adiós.

ESCENA II

POLONIO, OFELIA

POLONIO.—Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.—¡Ay, señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.—¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.—Yo estaba haciendo labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.—Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.—Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.—¿Y qué te dijo?

OFELIA.—Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse después á la distancia de su brazo, y poniendo así la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atención, como si hubiera de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin va-

lerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

Polonio.—Ven, conmigo; quiero ver al rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en un exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, más que ninguna otra pasión de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos días?

Ofelia.—No, señor: sólo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

Polonio.—Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con más acierto de su pasión. Yo temí que era sólo un artificio suyo para perderte... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! Tan propio parece de la edad anciana pasar más allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de previsión. Vamos á ver al rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, sería más grande el sentimiento que pudiera causarte teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III

Salón de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, acompañamiento

Claudio.—Bien venido, Guillermo; y tú también, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilata el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habéis oído ya de la transformación de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar qué otra causa haya podido privarle así de la razón, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habéis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igual-

dad en los años y el genio, que tengáis á bien deteneros en mi corte algunos días. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada aflicción que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

Gertrudis.—El ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algún tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

Ricardo.—VV. MM. tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

Guillermo.—Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies, con el más puro afecto, el celo de serviros que nos anima.

Claudio.—Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

Gertrudis.—Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veáis cuanto antes á mi doliente hijo. *(A los criados.)* Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

Guillermo.—Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

Gertrudis.—Sí. Amén.

ESCENA IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, acompañamiento

Polonio.—Señor: los embajadores enviados a Noruega han vuelto ya en extremo contentos.

Claudio.—Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

Polonio.—¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazón no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi rey; y si ese talento mío no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siem-

pre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del príncipe.

CLAUDIO.—Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.—Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres a este gran festín.

CLAUDIO.—Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. *(Vase Polonio.)* Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposición de tu hijo.

GERTRUDIS.—¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.—Yo sabré examinarle.

ESCENA V

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, acompañamiento

CLAUDIO.—Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el rey de Noruega?

VOLTIMAN.—Corresponde con la más sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos mandó suspender los armamentos que hacía su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado después halló ser cierto que se dirigían en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tío, le ha jurado por último que nunca más tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que había levantado. A este fin os ruega concedáis paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aquí.

(Saca unos papeles y se los da a Claudio.)

Claudio.—Está bien: leeré en tiempo más oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entre tanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche seréis conmigo en el festín. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO

Polonio.—Este asunto se ha concluído muy bien. *(Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento).* Mi soberano, y vos, señora: explicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porque el día es día, noche la noche, y tiempo el tiempo. Así pues, como quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay más enfadoso que los rodeos y perífrasis... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

Gertrudis.—Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

Polonio.—Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno; ¡es cierto que él está loco! es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mía: que en prueba de su respeto y sumisión... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. *(Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.)* Ahora resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. «Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia».. Es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oíd lo demás. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

Gertrudis.—¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

Polonio.—¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
duda si al sol el movimiento falta,
duda lo cierto, admite lo dudoso;
pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. Adiós. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—Hamlet.

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del príncipe, según han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

Claudio.—Y ella ¿cómo ha recibido su amor?

Polonio.—¿En qué opinión me tenéis?

Claudio.—En la de un hombre honrado y veraz.

Polonio.—Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo había yo advertido?... ¿qué hubiera pensado de mí V. M. y la reina que está presente si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia á mí propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubierais pensado de mí? No, señor, yo he ido en derechura al asunto, y le dije a la niña, ni más ni menos: hija, el señor Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y después le mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, después inapetencia, después vigilias, después debilidad, después aturdimiento, y después (por una graduación natural) la locura que le saca de sí, y que todos nosotros lloramos.

Claudio.—¿Creéis, señora, que esto haya pasado así?

Gertrudis.—Me parece bastante probable.

Polonio.—¿Ha sucedido alguna vez... (tendría gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente: «Esto hay», y que haya resultado lo contrario?

Claudio.—No se me acuerda.

Polonio.—Pues saparadme ésta de éste *(señalando la cabeza y el cuello)* si otra cosa hubiere en el asunto... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

Claudio.—¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

Polonio.—Bien sabéis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

Gertrudis.—Es verdad, así suele hacerlo.

Polonio.—Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es ésta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

Claudio.—Sí, y lo quiero averiguar.

Gertrudis.—Pero, ¿veis? ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

Polonio.—Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

ESCENA VII

POLONIO, HAMLET

Polonio.—¿Cómo os va, mi buen señor?

(Hamlet sale leyendo un libro.)

Hamlet.—Bien, á Dios gracias.

Polonio.—¿Me conocéis?

Hamlet.—Perfectamente. Tú vendes peces.

Polonio.—¿Yo? No, señor.

Hamlet.—Así fueras honrado.

Polonio.—¿Honrado decís?

Hamlet.—Sí, señor, que lo digo. El ser honrado, según va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

Polonio.—Todo eso es verdad.

Hamlet.—Si el sol engendra gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

Polonio.—Sí, señor, una tengo.

Hamlet.—Pues no la dejes pasear al sol. La concepción es una bendición del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

Polonio.—Pero ¿qué queréis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo también, siendo mozo, me vi muy trastornado por el amor... casi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estáis leyendo?

Hamlet.—Palabras, palabras, todo palabras.

Polonio.—¿Y de qué se trata?

Hamlet.—¿Entre quién?

Polonio.—Digo que de qué trata el libro que leéis.

Hamlet.—De calumnias. Aquí dice el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mío, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seríais sin duda tan joven como yo, si os fuera posible andar hacia atrás como el cangrejo.

Polonio.—Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

Hamlet.—¿Adónde? ¿A la sepultura?

Polonio.—Cierto que allí no da el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voile a dejar; y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

Hamlet.—No me puedes pedir cosa que con más

gusto te conceda, exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO.—Adiós, señor.

HAMLET.—¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

POLONIO *(á Guillermo y Ricardo, que salen por donde él se va).*—Si buscáis al príncipe, vedle ahí.

ESCENA VIII

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

RICARDO.—Buenos días, señor.

GUILLERMO.—Dios guarde á V. A.

RICARDO.—Mi venerado príncipe.

HAMLET.—¡Oh, buenos amigos! ¿Cómo va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.—Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.—Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airón al tocado de la fortuna.

HAMLET.—¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.—Ni uno ni otro.

HAMLET.—En tal caso estaréis colocados hacia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.—Cierto, como privados suyos.

HAMLET.—Pues allí en lo más oculto... ¡Ah! dices bien, ella es una prostituta... ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.—Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.—Señal que el día del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte más particularmente: ¿por qué delitos os ha traído aquí vuestra mala suerte á vivir en prisión?

GUILLERMO.—¿En prisión decís?

HAMLET.—Sí: Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.—También el mundo lo será.

HAMLET.—Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.—Nosotros no éramos de esa opinión.

HAMLET.—Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.—Será vuestra ambición la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.—¡Oh, Dios mío! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso.... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.—Todos esos sueños son ambición, y todo cuanto al ambicioso le agita no es más que la sombra de un sueño.

HAMLET.—El sueño en sí no es más que una sombra.

RICARDO.—Ciertamente, y yo considero la ambición por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.—De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.—Os iremos sirviendo.

HAMLET.—¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero decidme, por nuestra amistad antigua: ¿qué hacéis en Elsingor?

RICARDO.—Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.—Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la hacéis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decídmelo.

GUILLERMO.—¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.—Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envían sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesión, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno

del rey y también la reina os han mandado que vengáis.

RICARDO.—Pero ¿á qué fin?

HAMLET.—Eso es lo que debéis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros más grato y respetable, que me digáis con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO (*mirando á Guillermo*).—¿Qué dices tú?

HAMLET.—Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimáis de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.—Pues, señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET.—Y yo os voy á decir el motivo: así me anticiparé á vuestra propia confesión, sin que la fidelidad que debéis al rey y la reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble su razón! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! Y en su espíritu, ¡qué semejante a Dios! El es, sin duda lo más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgáis que es en mi estimación ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobáis mi opinión.

RICARDO.—En verdad, señor, que no habéis acertado mis ideas.

HAMLET.—Pues ¿por qué te reías cuando dije que no me deleita el hombre?

Ricardo.—Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma daréis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

Hamlet.—El que hace de rey sea muy bien venido; S. M. recibirá mis obsequios como es de razón: el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará en balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasión, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son?

Ricardo.—Los que más os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

Hamlet.—¿Y por qué andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputación y sus intereses establecerse en alguna parte?

Ricardo.—Creo que los últimos reglamentos se lo prohiben.

Hamlet.—¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

Ricardo.—No; señor; no, por cierto.

Hamlet.—¿Y en qué consiste? ¿Se han echado á perder?

Ricardo.—No, señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cría de chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamación fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversión del día; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

Hamlet. — ¡Oiga! ¿Conque son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compo-

sitores los han perjudicado, haciéndolos declamar contra la profesión misma que han tenido que abrazar después?

Ricardo.—Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nación ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba hasta que el poeta y el cómico reñían y se hartaban de bofetones.

Hamlet.—¿Es posible?

Guillermo.—¡Oh, si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

Hamlet.—Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

Ricardo.—Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

Hamlet.—No es extraño. Ya veis mi tío, rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es más que natural, si la filosofía pudiera describirlo.

Guillermo.—Ya están ahí los cómicos.

Hamlet.—Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingor; acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo común en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tío padre, y mi madre tía, á fe á fe, que se equivocan mucho.

Guillermo.—¿En qué, señor?

Hamlet.—Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX

POLONIO y dichos

Polonio.—Dios os guarde, señores.

Hamlet.—Oye aquí, Guillermo, y tú también... un

oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.—O acaso habrá vuelto á ellas, porque según se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET.—Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado... Pues, señor, tú tienes razón; eso fué el lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.—Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.—Señor, tengo que daros una noticia. *(Imitando la voz de Polonio).* Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.—Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.—¡Tuh! ¡tuh! ¡tuh!

POLONIO.—Como soy hombre de bien que sí.

HAMLET.—Cada actor viene caballero en burro.

(Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco después).

POLONIO.—Estos son los más excelentes actores del mundo, así en la tragedia como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, tragi-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible, poema ilimitado..... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composición y a la franqueza cómica, éstos son los únicos.

HAMLET.—¡Oh Jefté, juez de Israel!...
¡Qué tesoro poseíste!

POLONIO.—¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.—¿Qué tesoro?

No más que una hermosa hija
á quien amaba en extremo.

POLONIO.—Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.—¿No tengo razón; anciano Jefté?

POLONIO.—Señor, si me llamáis Jefté, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET.—¡Oh! no es eso lo que sigue.

POLONIO.—Pues ¿qué sigue, señor?

HAMLET.—Esto:

No hay más suerte que Dios, ni más destino.
Y luego, ya sabes:

¡Que cuanto nos sucede Él lo previno.

Lee la primera línea de aquella devota canción, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO y cuatro cómicos

HAMLET.—Bien venidos, señores; me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos... ¡Oh! ¡oh camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te vi. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí también? ¡Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita; por la Virgen, que ya está vuesarced una cuarta más cerca del cielo desde que no la he visto. Dios quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero, amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relación. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

CÓMICO 1.º—¿Y cuál queréis, señor?

HAMLET.—Me acuerdo de haberte oído en otro tiempo una relación que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando más... Sí, y me acuerdo también que no agradaba á la multitud; no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictamen vale más que el mío, una excelente pieza, bien dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó, sin embargo, quien dijo que no había en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y más brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relación que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Príamo. Si la tienes en la

memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre...

(Todos los versos de esta escena los dicen con declamación trágica).

No es este; pero empieza con Pirro... ¡ah!...

Pirro feroz, con pavonadas armas,
negras como su intento, reclinado
dentro en los senos del caballo enorme,
á la lóbrega noche parecía.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
mayor espanto da. Todo lo tiñe
de la cabeza al pie caliente sangre
de ancianos y matronas, de robustos
mancebos y de vírgenes, que abrasa
el fuego de inflamados edificios
en confuso montón; á cuya horrenda
luz que despiden, el caudillo insano
muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
cubierto de cuajada sangre, vuelve
los ojos, al carbunclo semejantes,
y busca, instado de infernal venganza,
al viejo abuelo Príamo...

Prosigue tú.

Polonio.—¡Muy bien declamado, á fe mía! con buen acento y bella expresión.

Cómico 1.º— Al momento
le ve lidiando, ¡resistencia breve!
contra los griegos; su temida espada
rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
á liza desigual; herirle intenta,
y el aire solo del funesto acero
postra al débil anciano. Y cual si fuese
á tanto golpe el Ilïon sensible,
al suelo desplomó sus techos altos,
ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro... ¿Le veis? la espada que venía
á herir del teucro la nevada frente
se detiene en los aires, y él inmoble,

absorto y mudo y sin acción su enojo,
la imagen de un tirano representa
que figuró el pincel. Mas como suele
tal vez el cielo en tempestad obscura
parar su movimiento, de los aires
el ímpetu cesar, y en silenciosa
quietud de muerte reposar el orbe,
hasta que el trueno, con horror zumbando,
rompe la alta región; así un instante
suspensa fué la cólera de Pirro,
y así, dispuesto á la venganza, el duro
combate renovó. No más tremendo
golpe en las armas de Mavorte eternas
dieron jamás los cíclopes tostados,
que sobre el triste anciano la cuchilla
sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
¡Oh fortuna falaz!... Vos, poderosos
dioses, quitadle su dominio injusto;
romped los rayos de su rueda y calces,
y el eje circular desde el Olimpo
caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.—Es demasiado largo.

HAMLET.—Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este sólo gusta de ver bailar ó de oir cuentos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

CÓMICO 1.º—Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
la mal ceñida reina...

HAMLET.—¡La mal ceñida reina!

POLONIO.—Esto es bueno, mal ceñida reina, ¡bueno!

CÓMICO 1.º—Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
la mal ceñida reina, el pie desnudo,
girar de un lado al otro, amenazando
extinguir con sus lágrimas el fuego...
En vez de vestidura rozagante
cubierto el seno, harto fecundo un día,
con las ropas del lecho arrebatadas
(ni a más le dió lugar el susto horrible),
rasgado un velo en su cabeza, donde
antes resplandeció corona augusta...
¡Ay! quien la viese, á los supremos hados
con lengua venenosa execraría.

Los dioses mismos, si a piedad los mueve
el linaje mortal, dolor sintieran
de verla, cuando al implacable Pirro
halló esparciendo en trozos con su espada
del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y exclama con gemido triste,
bastante á conturbar allá en su altura
las deidades de Olimpo, y los brillantes
ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.—Ved cómo muda de color, y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigáis.

HAMLET.—Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor mío, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epítome histórico de los siglos, y más te valdrá tener después de muerto un mal epitafio que una mala reputación entre ellos mientras vivas.

POLONIO.—Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.—¡Qué cabeza ésta! No, señor, mucho mejor. Si a los hombres se los hubiese de tratar según merecen, ¿quién escaparía de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.—Venid, señores.

HAMLET.—Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo, dime, ¿no pudierais representar *la Muerte de Gonzago?*

CÓMICO 1.º—Sí, señor.

HAMLET.—Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrías, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

CÓMICO 1.º—Sí, señor.

HAMLET.—Muy bien; pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagáis burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.—Señor...

HAMLET.—Id con Dios.

ESCENA XI

HAMLET

Ya estoy solo. ¡Qué abatido, qué insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficción, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y desfigure el rostro en la declamación, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¡qué no haría si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaría el teatro con llanto, su terrible acento conturbaría á cuantos le oyesen, llenaría de desesperación al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusión, y sorprendería con asombro la facultad de los ojos y los oídos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué, ¿nada merece un rey con quien se cometió el más atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar lejía que me llegue al pulmón? ¿Quién se atreve a tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma, que carece de hiel, incapaz de acciones crueles; á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mío, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazón, prorrumpa en execraciones vanas como una prostituta vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun sólo imaginarlo. ¡Eh!... Yo he oído que tal vez asistiendo á una representación hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal vio-

lencia por la ilusión del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tío algún pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo más vivo del corazón, observaré sus miradas; si muda de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparición que vi pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la más agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginación perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas más sólidas, y esta representación ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Galería de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.—¿Y no os fué posible indagar en la conversación que con él tuvisteis, de qué nace aquel desorden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.—El mismo reconoce los extravíos de su razón, pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.—Ni le hallamos en disposición de ser examinado, porque siempre huye de la cuestión con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRUDIS.—¿Fuisteis bien recibidos de él?

Ricardo.—Con mucha cortesía.

Guillermo.—Pero se le conocía una cierta sujeción.

Ricardo.—Preguntó poco, pero respondía á todo con prontitud.

Gertrudis.—¿Le habéis convidado para alguna diversión?

Ricardo.—Sí, señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino: se lo dijimos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo que tienen orden de representarle esta noche una pieza.

Polonio.—Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á VV. MM. que asistan á verla y oirla.

Claudio.—Con mucho gusto: me complace en extremo saber que tiene tal inclinación. Vosotros, señores, excitadle á ella, y aplaudid su propensión á este género de placeres.

Ricardo.—Así lo haremos.

ESCENA II

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA

Claudio.—Tú, mi amada Gertrudis, deberás también retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre y yo, testigos los más aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del príncipe conoceremos si es pasión de amor el mal de que adolece.

Gertrudis.—Voy á obedeceros; y por mi parte, Ofelia, ¡oh, cuánto desearía que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de la demencia de Hamlet! Entonces yo debería esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mutua felicidad restituirle su salud perdida.

Ofelia.—Yo, señora, también quisiera que fuese así.

ESCENA III

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

POLONIO.—Paséate por aquí, Ofelia. Si V. M. gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro *(dándole un libro)*: esta ocupación disculpará la soledad del sitio... ¡Materia es por cierto en que tenemos mucho de que acusarnos! ¡Cuántas veces con el semblante de la devoción y la apariencia de acciones piadosas engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO.—Demasiado cierto es... *(Ap.)* ¡Qué cruelmente ha herido esa reflexión mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es más feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh, qué pesada carga me oprime!

POLONIO.—Ya le siento llegar, señor; conviene retirarnos.

ESCENA IV

HAMLET, OFELIA

(Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro lee.)

HAMLET.—Existir o no existir, ésta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos a este torrente de calamidades, y darles fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe

pacífico el mérito, de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con sólo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace á todos cobardes: así la natural tintura de valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

Ofelia.—¿Cómo os habéis sentido, señor, en todos estos días?

Hamlet.—Muchas gracias. Bien.

Ofelia.—Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las toméis.

Hamlet.—No, yo nunca te di nada.

Ofelia.—Bien sabéis, señor, que os digo verdad... Y con ellas me dísteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas).

Hamlet.—¡Oh! ¡oh! ¿Eres honesta?

Ofelia.—Señor...

Hamlet.—¿Eres hermosa?

Ofelia.—¿Qué pretendéis decir con eso?

Hamlet.—Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

Ofelia.—¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

Hamlet.—Sin duda alguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

Ofelia.—Así me lo dabais á entender.

Hamlet.—Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original... Yo no te he querido nunca.

Ofelia.—Muy engañada estuve.

Hamlet.—Mira, vete á un convento: ¿para qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecución. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros; vete, vete á un convento... ¿En dónde está tu padre?

Ofelia.—En casa está, señor.

Hamlet.—¿Sí? pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. Adiós. *(Hace que se va, y vuelve)*

Ofelia.—¡Oh, mi buen Dios, favorecedle!

Hamlet.—Si te casas, quiero darte esta maldición en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. Adiós. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto; porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, y pronto. Adiós. *(Hace que se va, y vuelve).*

Ofelia.—¡El cielo con su poder le alivie!

Hamlet.—He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasáis por

inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos más de esta materia, que me ha hecho perder la razón... Digo sólo que de hoy en adelante no habrá más casamientos; los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Véte al convento, véte.

ESCENA V

OFELIA

¡Oh, qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los más advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la más desconsolada é infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende; aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh, cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que vi, para ver ahora lo que veo!

ESCENA VI

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

Claudio.—¡Amor! ¡Qué! No van por este camino sus afectos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de orden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los países diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasión que le ocupa, sea la que fuere, sobre la cual su imaginación sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

Polonio.—Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su aflicción provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oído.

ESCENA VII

CLAUDIO, POLONIO

Polonio.—Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgáis á propósito, sería bien que la reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo le inste a que le manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje de donde pueda oir toda la conversación. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle adonde vuestra prudencia os dicte.

Claudio.—Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atención.

ESCENA VIII

Salón de palacio

El salón estará iluminado; habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.

HAMLET y dos cómicos

Hamlet.—Dirás este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire; moderación en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la

expresión. A mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgarra los oídos del vulgo rudo, que sólo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaría azotar á un energúmeno de tal especie; Herodes de farsa, más furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

Cómico 1.º—Así os lo prometo.

Hamlet.—Ni seas tampoco demasiado frío; tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder á la palabra, y ésta á la acción, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que más se oponga al fin de la representación, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su imagen, cada nación y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razón, cuya censura debe ser para vosotros de más peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudían con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenían acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algún mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

Cómico 1.º—Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

Hamlet.—Corregidle del todo, y cuidad también que los que hacen de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reir á los oyentes más adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atención. Esto es indigno, y manifiesta en los necios que lo practican el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO

Hamlet.—Y bien, Polonio, ¿gustará al rey de oir esta pieza?

Polonio.—Sí, señor, al instante, y la reina también.

Hamlet.—Ve á decir á los cómicos que se despachen. ¿Queréis ir vosotros á darles prisa?

Ricardo.—Con mucho gusto.

ESCENA X

HAMLET, HORACIO

Hamlet.—¿Quién es?... ¡Ah! Horacio.

Horacio.—Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

Hamlet.—Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

Horacio.—¡Oh! señor...

Hamlet.—No creas que pretendo adularte; ¿ni qué utilidades puedo yo esperar de ti, que exceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte? ¿Habrá quien adule al pobre? No... Los que tienen almibarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardón. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquéllos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar según ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón: sí, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del rey; una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de

mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente observes á mi tío con la más viva atención del alma; si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas más negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente; yo también fijaré mi vista en su rostro, y después uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

Horacio.—Está bien, señor; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagación el menor arcano, yo pago el hurto.

Hamlet.—Ya vienen á la función; vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

ESCENA XI

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO y acompañamiento de damas, caballeros, pajes y guardias.

(Suena marcha dánica).

Claudio.—¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

Hamlet.—Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleón, engordo de esperanzas. No podréis vos cebar así á vuestros capones.

Claudio.—No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

Hamlet.—Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? ¿eh?

Polonio.—Sí, señor, así es; y fuí reputado por muy buen actor.

Hamlet.—¿Y qué hiciste?

Polonio.—El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

Hamlet.—Muy bruto fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

Ricardo.—Sí, señor, y esperan sólo vuestras órdenes.

Gertrudis.—Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su orden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia).

HAMLET.—No, señora; aquí hay un imán de más atracción para mí.

POLONIO.—¡Ah! ¡ah! ¿habéis notado eso?

HAMLET.—¿Permitiréis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.—No, señor.

HAMLET.—Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.—Sí, señor.

HAMLET.—¿Pensáis que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.—No, no pienso nada de eso.

HAMLET.—¡Qué dulce cosa es...!

OFELIA.—¿Qué decís, señor?

HAMLET.—Nada.

OFELIA.—Se conoce que estáis de fiesta.

HAMLET.—¿Quién yo?

OFELIA.—Sí, señor.

HAMLET.—Lo hago sólo por divertiros. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está, y mi padre murió ayer.

OFELIA.—¡Eh! no, señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.—¿Tanto ha? ¡Oh! pues quiero vestirme todo de armiños, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mío! ¿dos meses há que murió, y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Virgen santa no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,
Y ya le olvidaron así que murió.

(Suenan trompetas, y se da principio á la escena muda.— Salen el duque y la duquesa (que lo harán los cómicos primero y segundo); al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente; ella se arrodilla mostrando el ma-

yor respeto; él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el cómico tercero (que hace el papel de Luciano, sobrino del duque), se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oído una porción de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor; manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas; ella resiste un poco y le desdeña, pero al fin admite su amor. Vanse.)

Ofelia.—¿Qué significa esto, señor?

Hamlet.—Esto es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

Ofelia.—Según parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

ESCENA XII

Cómico cuarto y dichos

Hamlet.—Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor; los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

Ofelia.—¿Nos dirá éste lo que significa la escena que hemos visto?

Hamlet.—Sí, por cierto, y cualquiera otra escena que le hagáis ver. Como no os avergoncéis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

Ofelia.—¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

Cómico 4.º—Humildemente os pedimos
que escuchéis esta tragedia,
disimulando las faltas
que haya en nosotros y en ella.

Hamlet.—¿Es esto prólogo, ú mote de sortija?

Ofelia.—¡Qué corto ha sido!

Hamlet.—Como cariño de mujer.

ESCENA XIII

Cómico primero, cómico segundo y dichos

Cómico 1.º—Ya treinta vueltas dió de Febo el carro
á las ondas saladas de Nereo
y al globo de la tierra, y treinta veces
con luz prestada han alumbrado el suelo
doce lunas, en giros repetidos,
después que el dios de amor y el himeneo
nos enlazaron, para dicha nuestra,
en nudo santo el corazón y el cuello.
Cómico 2.º—Y ¡oh! quiera el cielo que otros tantos [giros
á la luna y al sol, señor, contemos
antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
doliente, triste y tan diverso ahora
de aquel que fuisteis... Tímida recelo...
Mas toda mi aflicción nada os conturbe;
que en pecho femenil llega al exceso
el temor y el amor. Allí residen
en igual proporción ambos afectos,
ó no existe ninguno, ó se combinan
éste y aquél con el mayor extremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,
las pruebas lo dirán que dadas tengo;
pues tal es mi temor. Si un fino amante,
sin motivo tal vez vive temiendo,
la que al veros así toda es temores,
muy puro amor abrigará en el pecho.
Cómico 1.º—Sí, yo debo dejarte, amada mía;
inevitable es ya; cederán presto
á la muerte mis fuerzas fatigadas;
tú vivirás, gozando del obsequio
y el amor de la tierra. Acaso entonces
un digno esposo...
Cómico 2.º— No, dad al silencio
esos anuncios. ¿Yo? Pues ¿no serían
traición culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega
al segundo señor, mató al primero.
Hamlet.—Esto es zumo de ajenjos.

Cómico 2.º—Motivos de interés tal vez inducen
á renovar los nudos de himeneo,
no motivos de amor; yo causaría
segunda muerte á mi difunto dueño,
cuando del nuevo esposo recibiera
en tálamo nupcial amantes besos.
Cómico 1.º—No dudaré que el corazón te dicta
lo que aseguras hoy; fácil creemos
cumplir lo prometido, y fácilmente
se quebranta y se olvida. Los deseos
del hombre á la memoria están sumisos,
que nace activa y desfallece presto.
Así pende del ramo acerbo el fruto,
y así maduro, sin impulso ajeno,
se desprende después. Difícilmente
nos acordamos de llevar á efecto
promesas hechas á nosotros mismos,
que al cesar la pasión cesa el empeño.
Cuando de la aflicción y la alegría
se moderan los ímpetus violentos,
con ellos se disipan las ideas
á que dieron lugar, y el más ligero
acaso los placeres en afanes
muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:
que en este mundo al fin nada hay eterno,
y aun se ignora si él manda á la fortuna,
ó si ésta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
se precipita, le abandonan luego
cuantos gozaron su favor; si el pobre
sube á prosperidad, los que le fueron
más enemigos su amistad procuran
(y el amor sigue á la fortuna en esto)
que nunca al venturoso amigos faltan,
ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
los destinos del hombre y sus afectos,
y sólo en él la voluntad es libre,
mas no la ejecución; y así el suceso
nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo

yugo tu libertad... Esas ideas
¡ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓMICO 2.º—Luces me niegue el sol, frutos la tierra.
sin descanso y placer viva muriendo,
desesperada y en prisión obscura,
su mesa envidie al eremita austero;
cuantas penas el ánimo entristecen,
todas turben el fin de mis deseos
y los destruyan, ni quietud encuentre
en parte alguna con afán eterno;
si ya difunto mi primer esposo,
segundas bodas pérfida celebro.

HAMLET.—Si ella no cumpliese lo que promete...

CÓMICO 1.º—Mucho juraste... Aquí gozar quisiera
solitaria quietud; rendido siento
al cansancio mi espírtiu. Permite
que alguna parte le conceda al sueño
de las molestas horas.

(Se acuesta en un lecho de flores)

CÓMICO 2.º— El te halague
con tranquilo descanso, y nunca el cielo
en unión tan feliz pesares mezcle. *(Vase).*

HAMLET.—Y bien, señora, ¿qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.—Me parece que esa mujer promete demasiado.

HAMLET.—Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.—¿Te has enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.—No, señor, no. Si todo ello es mera ficción; un veneno... fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! no, señor.

CLAUDIO.—¿Cómo se intitula este drama?

HAMLET.—*La Ratonera.* Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago, y su mujer Baptista... Ya, ya veréis presto... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué importa? A V. M. y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar; al rocín que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

ESCENA XIV

Cómico tercero y dichos

Hamlet.—Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

Ofelia.—Vos suplís perfectamente la falta del coro.

Hamlet.—Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en acción entrambos títeres.

Ofelia.—¡Vaya, que tenéis una lengua que corta!

Hamlet.—Con un buen suspiro que deis, se le quita el filo.

Ofelia.—Eso es; siempre de mal en peor.

Hamlet.—Así hacéis vosotras en la elección de marido: de mal en peor... Empieza, asesino... Déjate de poner ese gesto de condenado, y empieza. Vamos... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

Cómico 3.º—Negros designios, brazo ya dispuesto
á ejecutarlos, tósigo oportuno,
sitio remoto, favorable el tiempo,
y nadie que lo observe. Tú, extraído
de la profunda noche en el silencio,
atroz veneno de mortales hierbas
(invocada Prosérpina) compuesto;
infectadas tres veces, y otras tantas
exprimidas después, sirve á mi intento;
pues á tu actividad mágica, horrible,
la robustez vital cede tan presto.

(Acércase adonde está durmiendo el cómico primero; destapa un frasquillo, y le echa una porción de licor en el oído).

Hamlet.—¿Veis? Ahora le envenena en el jardín para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto veréis cómo la mujer de Gonzago se enamora del matador.

(Levántase Claudio lleno de indignación. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van según lo indica el diálogo).

Ofelia.—El rey se levanta.

HAMLET.—Qué, ¿le atemoriza un fuego aparente?
GERTRUDIS.—¿Qué tenéis, señor?
POLONIO.—No paséis adelante, dejadlo.
CLAUDIO.—Traed luces. Vamos de aquí.
TODOS.—Luces, luces.

ESCENA XV

HAMLET, HORACIO, cómico primero, cómico tercero

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen después. Los cómicos primero y tercero estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes).

HAMLET.—El ciervo herido llora,
y el corzo no tocado
de flecha voladora,
se huelga por el prado;
duerme aquel, y á deshora
veis éste desvelado;
que tanto el mundo va desordenado.

Y dígame, señor mío: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.—Mediano papel.
HAMLET.—¿Mediano? excelente.
Tú sabes, Damón querido,
que esta nación ha perdido
al mismo Jove, y violento
tirano le ha sucedido
en el trono mal habido,
un... ¿quién diré yo? un... un sapo.

HORACIO.—Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.—¡Oh! mi buen Horacio; cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.—Sí, señor, bien lo he visto.
HAMLET.—¿Cuando se trató del veneno?
HORACIO.—Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.—¡Ah! quisiera algo de música *(Á los cómicos:)* traedme unas flautas... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO

GUILLERMO.—Señor, ¿permitiréis que os diga una palabra?

HAMLET.—Y una historia entera.

GUILLERMO.—El rey...

HAMLET.—Muy bien: ¿qué le sucede?

GUILLERMO.—Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.—¿De vino, eh?

GUILLERMO.—No, señor, de cólera.

HAMLET.—Pero ¿no sería más acertado írselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.—¡Oh! señor, dad algún sentido á lo que habláis, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.—Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.—La reina vuestra madre, llena de la mayor aflicción, me envía á buscaros.

HAMLET.—Seáis muy bien venido.

GUILLERMO.—Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si queréis darme una respuesta sensata, desempeñaré el cargo de la reina; si no, con pediros perdón y retirarme se acabó todo.

HAMLET.—Pues, señor, no puedo.

GUILLERMO.—¿Cómo?

HAMLET.—Me pides una respuesta, y mi razón está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

RICARDO.—Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiración.

Hamlet.—¡Oh maravilloso hijo, que así ha podido aturdir á su madre! Pero díme, ¿esa admiración no ha traído otra consecuencia? ¿No hay algo más?

Ricardo.—Sólo que desea hablaros en su gabinete antes que os vayáis a recoger.

Hamlet.—La obedeceré, si diez veces fuera mi madre. ¿Tienes algún otro negocio que tratar conmigo?

Ricardo.—Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

Hamlet.—Y ahora también. Te lo juro por estas manos rateras.

Ricardo.—Pero ¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposición? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

Hamlet.—Estoy muy atrasado.

Ricardo.—¿Cómo es posible, cuando tenéis el voto del rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

Hamlet.—Sí, pero mientras nace la hierba... Ya es un poco antiguo el tal refrán. ¡Ah! ya están aquí las flautas.

ESCENA XVII

Cómico tercero y dichos

Hamlet.—Dejadme ver una.... ¿A qué tengo de ir ahí? *(Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademán obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan)* Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas por todos lados.

Guillermo.—Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero también é importuno.

Hamlet.—No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

Guillermo.—Yo no puedo, señor.

Hamlet.—Vamos.

Guillermo.—De veras que no puedo.
Hamlet.—Yo te lo suplico.
Guillermo.—Pero si no sé palabra de eso...
Hamlet.—Más fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.
Guillermo.—Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...
Hamlet.—Pues mira tú en qué opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con más facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por más que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII

POLONIO y otros

Hamlet.—¡Oh! Dios te bendiga.
Polonio.—Señor, la reina quisiera hablaros al instante.
Hamlet.—¿No ves allí aquella nube que parece un camello?
Polonio.—Cierto, así en el tamaño parece un camello.
Hamlet.—Pues ahora me parece una comadreja.
Polonio.—No hay duda, tiene figura de comadreja.
Hamlet.—O como una ballena.
Polonio.—Es verdad, sí, como una ballena.
Hamlet.—Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán éstos, que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.
Polonio.—Así se lo diré.
Hamlet.—Fácilmente se dice: al instante viene... Dejadme solo, amigos.

ESCENA XIX

HAMLET

Este es el espacio de la noche apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podría yo beber caliente sangre; ahora podría ejecutar tales acciones, que el día se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi madre. ¡Oh corazón! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiereza de Nerón. Déjame ser cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano; disimulen el corazón y la lengua; sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

ESCENA XX

Gabinete

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

Claudio.—No, no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Preveníos, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya exponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

Guillermo.—Al momento dispondremos nuestra marcha. El más santo y religioso temor es aquél que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de V. M.

Ricardo.—Si es obligación en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto más lo será conservar aquélla en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebata consigo cuanto le rodea, como una gran rueda colocada en la cima del más alto monte, á cuyos enormes rayos

stán asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer, no hay ninguna de ellas, por más pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin excitar en su nación general lamento.

Claudio.—Yo os ruego que os prevengáis sin dilación para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

Los dos.—Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI

CLAUDIO, POLONIO

Polonio.—Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre. Voy á ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente; y como vos mismo habéis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversación alguien más que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedaos adiós; yo volveré á veros antes que os recojáis, para deciros lo que haya pasado.

Claudio.—Gracias, querido Polonio.

ESCENA XXII

CLAUDIO

¡Oh, mi culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldición más terrible; la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por más que eficazmente lo procuro; que es más fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna... Pero si este brazo execrable estuviese aún más teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega a ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oración sino

aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdón habiendo caído? Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿qué género de oración habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambición, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situación infeliz! ¡Oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mía aprisionada! que cuanto más te esfuerzas para ser libre, más quedas oprimida. ¡Angeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazón mío de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

(Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillón).

ESCENA XXIII

CLAUDIO, HAMLET

Hamlet.—Esta es la ocasión propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... *(Saca la espada, da algunos pasos en ademán de herirle; se detiene, y se retira otra vez hacia la puerta).* Y así se irá al cielo... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria; ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? El sorprendió á mi padre

acabados los desórdenes del banquete, cubierto de más culpas que mayo tiene flores... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero, según nuestra razón concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dándole á éste la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mía, vuelve á tu lugar, y espera ocasión de ejecutar más tremendo golpe. Cuando esté ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ó cometa acciones contrarias á su salvación, hiérele entonces; caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. *(Envaina la espada)*. Mi madre me espera. Malvado, esta medicina, que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XXIV

CLAUDIO

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. *(Se levanta con agitación)*. Palabras sin afectos nunca llegan á los oídos de Dios.

ESCENA XXV.

Cuarto de la reina

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET

Polonio.—Va á venir al momento. Mostradle entereza; decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables, que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignación que excitó. Yo entre tanto retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

Hamlet *(gritando desde adentro)*.—¡Madre! ¡madre!

Gertrudis.—Así te lo prometo; nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(Polonio se oculta detrás de unos tapices).

ESCENA XXVI

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO

HAMLET.—¿Qué me mandáis, señora?

GERTRUDIS.—Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.—Madre, muy ofendido tenéis al mío.

GERTRUDIS.—Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.—Voy, voy allá... y vos me preguntáis con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.—¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.—¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.—¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET.—No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo, y... ¡ojalá no fuera así!... ¡Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.—Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con más acuerdo.

HAMLET.—Venid *(Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar)*, sentaos, y no saldréis de aquí, no os moveréis, sin que os ponga un espejo delante, en que veáis lo más oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.—¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me socorre? ¡Cielos!

(Al ver Gertrudis la extraordinaria agitación que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y después se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y prosigue hablando con su madre.)

POLONIO.—Socorro pide... ¡oh!...

HAMLET.—¿Qué es esto?... Un ratón... Murió... Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.—¡Ay de mí!

GERTRUDIS.—¿Qué has hecho?

HAMLET.—Nada... ¿Qué sé yo?... ¿Si sería el rey?

GERTRUDIS.—¡Qué acción tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.—Es verdad, madre mía, acción sangrienta, y cuasi tan horrible como la de matar á un rey, y casarse después con su hermano.

GERTRUDIS.—¿Matar á un rey?

HAMLET.—Sí, señora, eso he dicho. *(Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo).* Y tú, miserable, temerario, entrometido, loco... Adiós. Yo te tomé por otra persona de más consideración. Mira el premio que has adquirido; ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... *(Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo).* No, no os torzáis las manos... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazón. Así he de hacerlo, si no le tenéis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.—¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.—Una acción que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace más pérfidos los votos conyugales que las promesas del tahur; una acción que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religión en una complicación frívola de palabras; una acción, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desorden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.—¡Ay de mí! ¿Y qué acción es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.—Veis aquí presentes en esta y esta pintura *(señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio)* los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuánta gracia residía en aquel semblante! Los cabellos del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinación de formas, donde cada uno de los dio-

ses imprimió su carácter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizón destruye la santidad de su hermano. ¿Lo veis bien?... Ni podéis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descendería desde aquél a éste? Sentidos tenéis, que a no ser así, no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podría incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oídos, el olfato solo, una débil porción de cualquier sentido hubiera bastado á impedir tal estupidez... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye el corazón.

Gertrudis.—¡Oh Hamlet! no digas más... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las más negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

Hamlet.—¡Y permanecer así entre el pestilente sudor en un lecho incestuoso, envilecida en corrupción, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!

Gertrudis.—No más, no más, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oídos... No más, querido Hamlet.

Hamlet.—Un asesino... un malvado... vil... inferior mil veces á vuestro difunto esposo... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

Gertrudis.—No más...

ESCENA XXVII

GERTRUDIS, HAMLET, la sombra del rey Hamlet

HAMLET.—Un rey de botarga... ¡Oh espíritus celestes! defendedme, cubridme con vuestras alas... ¿Qué quieres, venerada sombra?

GERTRUDIS.—¡Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.—¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasión y la tardanza, olvida la importante ejecución de tu precepto terrible?... Habla.

LA SOMBRA.—No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor casi extinguido. Pero ¿ves? Mira cómo has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginación obra con mayor violencia en los cuerpos más débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.—¿En qué pensáis, señora?

GERTRUDIS.—¡Ay! ¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo?... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos, que pendían, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitación la paciencia fría... ¿A quién estás mirando?

HAMLET.—A él, á él... ¿Le veis qué pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarían á conmover las piedras... ¡Ay! no me mires así; no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRUDIS.—¿A quién dices eso?

HAMLET.—¿No veis nada allí?

GERTRUDIS.—Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.—¿Ni oísteis nada tampoco?

GERTRUDIS.—Nada más que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.—Mirad allí... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre... con el traje mismo que se vestía... ¿Veis por dónde va?... Ahora llega al pórtico.

ESCENA XXVIII

GERTRUDIS, HAMLET

Gertrudis.—Todo es efecto de la fantasía. El desorden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

Hamlet.—¿Desorden? Mi pulso, como el vuestro late con regular intervalo, y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah, madre mía! en merced os pido que no apliquéis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis sólo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no extendáis el beneficio sobre las malas hierbas para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdón al vicio, y aun para hacerle bien le halaga y le ruega.

Gertrudis.—¡Ay, Hamlet! tú despedazas mi corazón.

Hamlet.—¿Sí? Pues apartad de vos aquella porción más dañada, y vivid con la que resta más inocente. Buenas noches... Pero no volváis al lecho de mi tío. Si carecéis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre, aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os hará más fácil la abstinencia próxima, y la que siga después la hallaréis más fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresión misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspiréis de veras á la bendición del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendición... La desgracia de

este hombre *(hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez vuelve á hablar á Gertrudis)* me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano, y á mí también precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le dí. Basta. Buenas noches. Porque soy piadoso, debo ser cruel; ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que después ha de ejecutarse... ¡Ah! escuchad otra cosa.

Gertrudis.—¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

Hamlet.—No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el rey hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho, y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos, y os bese con negra boca. Agradecida, entonces, declaradle cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio... Sí, decídselo; porque ¿cómo sería posible callárselo? Id, y á pesar de la razón y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

Gertrudis.—No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y éste anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

Hamlet.—¿Sabéis que debo ir á Inglaterra?

Gertrudis.—¡Ah! ya lo había olvidado. Sí, es cosa resuelta.

Hamlet.—He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una víbora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facilitarme la marcha y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer; que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas o yo excavaré una vara no más, debajo de sus minas, y los haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando

un pícaro tropieza con quien se las entiende!..... Este hombre me hace ahora su ganapán... *(Quiere llevar á cuestas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pie, y se le lleva arrastrando)* le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor consejero (que fué en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Salón de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.—Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen; dime cuál es, conviene que la sepa yo... ¿En dónde está tu hijo?

GERTRUDIS.—Dejadnos solos un instante. *(Vanse Ricardo y Guillermo)*. ¡Ah, señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.—¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRUDIS.—Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es más fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algún ruido detrás del tapiz; saca la espada, grita: un ratón, un ratón; y en su ilusión frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.—¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á ti misma, á todos en fin. ¡Oh!... ¿y cómo disculparemos una acción tan sangrienta? Nos la imputarán, sin duda,

á nosotros, porque nuestra autoridad debería haber reprimido á ese joven loco, poniéndole en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el excesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que más convenía; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y dónde ha ido?

Gertrudis.—A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura llora el error que ha cometido. Así el oro manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

Claudio.—Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya; en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

Claudio.—¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio, y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle; habladle con dulzura; y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengáis. *(Vanse Ricardo y Guillermo).* Vamos, que pienso llamar á nuestros más prudentes amigos para darles cuenta de esta imprevista desgracia, y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extensión del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañón á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá sólo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitación y de terror.

ESCENA III

Cuarto de Hamlet

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

HAMLET.—Colocado ya en lugar seguro... Pero...

RICARDO *(desde adentro)*.—¡Hamlet! ¡señor!

HAMLET.—¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?... ¡Oh! ya están aquí. *(Salen Ricardo y Guillermo).*

RICARDO.—Señor, ¿qué habéis hecho del cadáver?

HAMLET.—Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.—Decidnos dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.—¡Ah!... no lo creáis, no.

RICARDO.—¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.—Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mío... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entrometido palaciego?

RICARDO.—¿Entrometido me llamáis?

HAMLET.—Sí, señor, entrometido; que como una esponja chupa del favor del rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes á lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe; porque éste, semejante al mono, se los mete en un rincón de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te exprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.—No comprendo lo que decís.

HAMLET.—Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

RICARDO.—Señor, lo que importa es que nos digáis en dónde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros á ver al rey.

HAMLET.—El cuerpo está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.—¿Qué cosa, señor?

HAMLET.—Una cosa que no vale nada... Pero guarda, Pablo... Vamos á verle.

ESCENA IV

Salón de palacio

CLAUDIO

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razón, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esa repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V

CLAUDIO, RICARDO

CLAUDIO.—¿Qué hay, qué ha sucedido?
RICARDO.—No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.
CLAUDIO.—Pero él ¿en dónde está?
RICARDO.—Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.
CLAUDIO.—Traedle á mi presencia.
RICARDO.—Guillermo: que venga el príncipe.

ESCENA VI

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, criados

CLAUDIO.—Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?
HAMLET.—Ha ido á cenar.
CLAUDIO.—¿A cenar? ¿Adónde?
HAMLET.—No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregación de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los come-

dores. Nosotros engordamos á los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo que nos come después. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto para todo.

Claudio.—¡Ah!

Hamlet.—Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

Claudio.—¿Y qué quieres decir con eso?

Hamlet.—Nada más que manifestar cómo un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

Claudio.—¿En dónde está Polonio?

Hamlet.—En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podéis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que, si no le halláis en todo este més, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

Claudio.—Id á buscarle. *(Vanse los criados).*

Hamlet.—No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

Claudio.—Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la acción que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

Hamlet.—¿A Inglaterra?

Claudio.—Sí, Hamlet.

Hamlet.—Muy bien.

Claudio. — Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

Hamlet.—Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. ¡Adiós, mi querida madre!

Claudio.—¿Y tu padre que te ama, Hamlet?

Hamlet.—Mi madre... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma, con que... mi madre... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

Claudio. — Seguidle inmediatamente; instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comisión, está sellado y pronto. Id, no os detengáis. *(Vanse Ricardo y Guillermo.)* Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués, y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecución de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por más feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazón la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca

FORTIMBRAS. un capitán, soldados

Fortimbras.—Id, capitán, saludad en mi nombre al monarca danés; decidle que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, según se le ha prometido. Ya sabéis el sitio de nuestra reunión. Si algo quiere S. M. comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

Capitán.—Así lo haré, señor.

Fortimbras.—Y vosotros caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX

Un capitán, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, soldados

Hamlet.—Caballero, ¿de dónde son estas tropas?

Capitán.—De Noruega, señor.

Hamlet.—Y decidme, ¿adónde se encaminan?

Capitán.—Contra una parte de Polonia.

Hamlet.—¿Quién las acaudilla?

Capitán.—Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

Hamlet.—¿Se dirigen contra toda Polonia, ó sólo á alguna parte de sus fronteras?

Capitán.—Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porción de tierra, de la cual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaría, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

Hamlet.—¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

Capitán.—Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

Hamlet.—De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados no decidirán la posesión de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que exteriormente se vea la razón por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

Capitán.—Dios os guarde.

(Vanse el capitán y los soldados).

Ricardo.—¿Queréis proseguir el camino?

Hamlet.—Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X

HAMLET

Cuantos accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo sólo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no más. No: aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento, que con él podemos ver lo pasado y lo futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razón divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues,

brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay más parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: razón, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército conducido por un príncipe joven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambición generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros más terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar sólo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razón plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razón y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mía veo la destrucción inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... ¡Oh! de hoy más, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI

Galería de palacio

GERTRUDIS, HORACIO

Gertrudis.—No, no quiero hablarla.

Horacio.—Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasión.

Gertrudis.—¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

Horacio.—Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad; solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razo-

nes equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinación arbitraria, según la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulación expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algún asomo de razón; pero nada hay de cierto sino que se halla en el estado más infeliz.

Gertrudis.—Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. *(Vase Horacio)*. El más frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algún grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XIII

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

Ofelia.—¿En dónde está la hermosa reina de Dinamarca?

Gertrudis.—¿Cómo va, Ofelia?

Ofelia.—*(Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia)*.

¿Cómo va al amante
que fiel te sirva,
de otro cualquiera
distinguiría?
Por las veneras
de su esclavina,
bordón, sombrero
con plumas rizas,
y su calzado
que adornan cintas.

Gertrudis.—¡Oh querida mía! ¿y á qué propósito viene esa canción?

Ofelia.—¿Eso decís?... Atended a ésta:

Muerto es ya, señora,
muerto, y no está aquí.
Una tosca piedra
á sus plantas vi,
y al césped del prado
su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! *(Dando risotadas).*
GERTRUDIS.—Sí; pero, Ofelia...
OFELIA.—Oíd, oíd.

Blancos pañales le vestían...

ESCENA XIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

GERTRUDIS.—¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?
OFELIA.—Blancos pañales le vestían
como la nieve del monte,
y al sepulcro le conducen
cubierto de bellas flores,
que en tierno llanto de amor
se humedecieron entonces.

CLAUDIO.—¿Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA.—Buena: Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fué antes una doncella, hija de un panadero... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora. Pero no lo que podemos ser... Dios vendrá á visitarnos.

CLAUDIO.—Alusión á su padre.

OFELIA.—Pero no, no hablemos más en esto; y si os preguntan lo que significa, decid:

De san Valentino
la fiesta es mañana:
yo, niña amorosa,
al toque del alba
iré á que me veas
desde tu ventana,
para que la suerte
dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
se viste de gala.

Y él responde entonces:

Por el sol te juro
que no lo olvidara,
si tú no te hubieras
venido á mi cama.

Claudio.—¡Graciosa Ofelia!

Ofelia.—Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay, mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galán desprecia
ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
le dice indignada:
antes que en tus brazos
me mirase incauta,
de hacerme tu esposa
me diste palabra.
Y abriendo las puertas
entró la muchacha,
que viniendo virgen
volvió desflorada.

Claudio.—¿Cuánto ha que está así?

Ofelia.—Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... *(Se entristece y llora).* Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... *(Con mucha viveza y alegría).* Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches, buenas noches.

Claudio *(á Horacio).*—Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV

CLAUDIO, GERTRUDIS

Claudio.—¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor; todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos

en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte; la desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razón, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables sólo á los brutos, y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente).

Gertrudis.—¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es éste?

ESCENA XV

CLAUDIO, GERTRUDIS, un caballero

Claudio.—¿En dónde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

Caballero.—Huíd, señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu más espantoso, que el que manifiesta el joven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: «Nosotros elegimos por rey a Laertes.» Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: «Laertes será nuestro rey. ¡Viva Laertes!»

GERTRUDIS.—¡Con qué alegría sigue, ladrando, esa traílla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.—Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, soldados y pueblo

LAERTES.—¿En dónde está el rey? *(Volviéndose hacia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren).* Vosotros quedaos todos afuera.

VOCES.—No, entremos.

LAERTES.—Yo os pido que me dejéis.

VOCES.—Bien, bien está.

LAERTES.—Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.—Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.—Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararía por hijo espurio, infamaría de cornudo á mi padre, é imprimiría sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.—Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelión?... Déjale, Gertrudis, no le contengas... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes; la traición no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecución todos sus designios... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado?... Déjale, Gertrudis... Habla tú.

LAERTES.—¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.—Murió.

GERTRUDIS.—Pero no le ha muerto el rey.

CLAUDIO.—Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.—¿Y cómo ha sido su muerte?... ¡Eh!... No, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el más atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvación en el abismo más profundo... La condenación eterna no me horroriza; suceda lo que quiera, ni éste ni el otro mundo me importan

ada... Sólo aspiro, y éste es el punto en que insisto, ólo aspiro á dar completa venganza á mi difunto adre.

Claudio.—¿Y quién te lo puede estorbar?

Laertes.—Mi voluntad sola, y no todo el universo; en cuanto á los medios de que he de valerme, o sabré economizarlos de suerte que un pequeño sfuerzo produzca efectos grandes.

Claudio.—Buen Laertes, si deseas saber la verdad cerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito caso en tu venganza que hayas de atropellar sin distinción amigos y enemigos, culpados é inocentes?

Laertes.—No, sólo á mis enemigos.

Claudio.—¿Querrás, sin duda, conocerlos?

Laertes.—¡Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

Claudio.—Ahora hablaste como buen hijo y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razón, como á tus ojos la luz del día.

Voces.—Dejadla entrar. *(Ruido y voces dentro).*

Laertes.—¿Qué novedad... qué ruido es éste?

ESCENA XVII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA, acompañamiento. Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellín muchas flores y hierbas.

Laertes.—¡Oh, calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza... ¡Oh, rosa de mayo! ¡amable niña! ¡mi querida Ofelia! ¡mi dulce hermana!... ¡Oh cielos! ¿y es posible que el entendimiento de una

tierna joven sea tan frágil como la vida del hombr decrépito?... Pero la naturaleza es muy fina en amo y cuando éste llega al exceso, el alma se desprend tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, par ofrecérsela en don al objeto amado.

Ofelia.—Lleváronle en su ataúd
con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adiós, querido mío. Adiós.

Laertes.—Si gozando de tu razón me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

Ofelia.—Debéis cantar aquello de:

Abajito está:
llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!... El pícaro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

Laertes.—Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el más concertado discurso.

Ofelia.—Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. *(A Laertes)*. Tomad, amigo, para que os acordéis... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

Laertes.—Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan y á sus memorias tristes.

Ofelia *(á Gertrudis)*.—Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda... para vos también, y esto poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla hierba santa del domingo... vos la usaréis con la distinción que os parezca... *(A Claudio)*. Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario
de plumas vario
me da placer.

Laertes.—Ideas funestas, aflicción, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

Ofelia.—Nos deja, se va,
y no ha de volver.
No, que ya murió,
no vendrá otra vez...
Su barba era nieve,
su pelo también.
Se fué ¡dolorosa
partida! se fué.
En vano exhalamos
suspiros por él.
Los cielos piadosos
descanso le den.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... ¡Eh! señores, adiós.

ESCENA XVIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES

Laertes.—¡Veis esto, Dios mío!

Claudio.—Yo debo tomar parte en tu aflicción, Laertes: no me niegues este derecho. Oyeme aparte. Elige entre los más prudentes de tus amigos aquéllos que te parezca. Oigannos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano ajena resultó culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mío, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

Laertes.—Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su obscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un examen el más riguroso.

Claudio.—Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX

Sala en casa de Horacio

HORACIO, un criado

Horacio.—¿Quiénes son los que me quieren hablar?

Criado.—Unos marineros que, según dicen, os traen cartas.

Horacio.—Hazlos entrar. *(Vase el criado).* Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX

HORACIO, dos marineros

Marinero 1.º—Dios os guarde.

Horacio.—Y á vosotros también.

Marinero 1.º—Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á vos, si os llamáis Horacio como nos han dicho.

Horacio. *(Lee la carta.)*—«Horacio: luego que hayas leído esta, dirigirás esos hombres al rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos días de navegación, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcación enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabían lo que se hacían, y se lo he pagado muy bien. Haz que el rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído, que te dejarán atónito, bien que todas ellas no serán suficientes á expresar la importancia del

caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Adiós. Tuyo siempre.—HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me llevéis después adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI

Gabinete del rey

CLAUDIO, LAERTES

CLAUDIO.—Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazón como á tu amigo, después que has oído con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.—Claramente se manifiesta... Pero decidme: ¿por qué no procedéis contra excesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberían excitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO.—Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es que la reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mía) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razón por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracán tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.—Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre

padre, y hallo á una hermana en la más deplorable situación... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo más sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

Claudio.—Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta... Presto te informaré de lo demás. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos también, y que espero darte á conocer la... Pero... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII

CLAUDIO, LAERTES, un guardia

Guardia.—Señor, veis aquí las cartas del príncipe: ésta, para V. M., y ésta, para la reina.

(Da unas cartas á Claudio).

Claudio.—¡De Hamlet! ¿Quién las ha traído!

Guardia.—Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

Claudio.—Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII

CLAUDIO, LAERTES

Claudio. *(Lee una carta.)*—«Alto y poderoso señor: os hago saber cómo he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré permiso de ver vuestra presencia real; y entonces, mediante vuestro perdón, os diré la causa de mi extraña y repentina vuelta. —Hamlet.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros también, ó hay alguna equivocación, ó acaso todo es falso?

Laertes.—¿Conocéis la letra?

CLAUDIO (*examinando con atención la carta*).—Sí, es de Hamlet... *Desnudo*... y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo*... ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.—Yo nada alcanzo... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazón... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO.—Si el caso es cierto... ¡Eh! ¡Cómo es posible!... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.—Sí, señor, como no procuréis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.—A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no excitará el aura más leve de acusación; su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAERTES.—Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho más si disponéis que yo sea el instrumento que le ejecute.

CLAUDIO.—Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de ti delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como ésta sola, que en mi opinión ocupa el último lugar.

LAERTES.—¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.—No es más que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que le es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandía... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son, por cierto, buenos jinetes; pero el galán de quien hablo era un prodigio en esto. Parecía haber nacido sobre la silla, y hacía ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo; y tanto excedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

Laertes.—¿Decís que era normando?
Claudio.—Sí, normando.
Laertes.—Ese es Lamond, sin duda.
Claudio.—El mismo.
Laertes.—Le conozco bien, y es la joya más preciosa de su nación.
Claudio.—Pues éste, hablando de ti públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que dijo alguna vez que sería un espectáculo admirable verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse; puesto que, según aseguraba él mismo, los más diestros de su nación carecían de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimías con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto...
Laertes.—¿Y qué hay además de eso, señor?
Claudio.—Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando les falta un corazón?
Laertes.—¿Por qué lo preguntáis?
Claudio.—No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor está sujeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas, según me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin; nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio exceso. Cuanto nos proponemos hacer debería ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece, según las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve... ¿Qué acción emprenderías tú para manifestar más con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.—¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.—Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré: Permanece oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza dén un nuevo lustre á los elogios que hizo de ti el francés. Por último, llegaréis á veros; se harán apuestas en favor de uno y otro... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes; de suerte que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin botón, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfacción de la muerte de tu padre.

LAERTES.—Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatán, de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adondequiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por más que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada con este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.—Reflexionemos más sobre esto... Examinemos qué ocasión, qué medios serán más oportunos á nuestro engaño; porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecución se descubren los fines, valiera más no haberlo emprendido. Conviene, pues, que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera... Déjame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitación os sintáis acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla sólo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... calla... ¿Qué ruido se escucha? *(Suena ruido dentro).*

ESCENA XXIV

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES

CLAUDIO.—¿Qué ocurre de nuevo, amada reina?

GERTRUDIS.—Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.—¡Ahogada!... ¿En dónde?... ¡Cielos!

GERTRUDIS.—Donde hallaréis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.—Qué, ¿en fin se ahogó? ¡Mísero!

GERTRUDIS.—Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.—¡Desdichada Ofelia! demasiada agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos.... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por más que el valor se avergüence... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... Adiós, señores... Mis palabras de fuego arderían en llamas, si no las apagasen estas lágrimas imprudentes.

(Vase Laertes).

CLAUDIO.—Sigámosle, Gertrudis, que después de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Cementerio contiguo á una iglesia

Sepultureros primero y segundo

SEPULTURERO 1.º—¿Y es la que ha de sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvación?

SEPULTURERO 2.º—Dígote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1.º—Yo no entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2.º—Así han juzgado que fué.

SEPULTURERO 1.º—No, no, eso fué *se offendendo;* ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad: Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una acción, y toda acción consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar; de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2.º—¡Qué!... Pero óigame ahora el tío Socaba.

SEPULTURERO 1.º—No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está el hombre. Muy bien... Pues, señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque por fas ó por nefas, ello es que él va... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hacia él y le sorprende y le ahoga,

entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

Sepulturero 2.º—Y qué, ¿hay leyes para eso?

Sepulturero 1.º—Ya se ve que las hay, y por ella se guía el juez que examina estos casos.

Sepulturero 2.º—¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarían en sagrado.

Sepulturero 1.º—En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demás cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadón... *(Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas, y entre ella calaveras y huesos).* Ello es que no hay caballeros de nobleza más antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesión de Adán.

Sepulturero 2.º—Pues qué, ¿Adán fué caballero?

Sepulturero 1.º—¡Toma! como que fué el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á cuento, has de confesar que eres un...

Sepulturero 2.º—Adelante.

Sepulturero 1.º—¿Cuál es el que construye edificios más fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

Sepulturero 2.º—El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

Sepulturero 1.º—Agudo eres, por vida mía. Buen edificio es la horca; pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica más fuerte que una iglesia; con que la horca podría ser buena para ti... Volvamos á la pregunta.

Sepulturero 2.º—¿Cuál es el que hace habitaciones más durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

Sepulturero 1.º—Sí, dímelo, y sales del apuro.

Sepulturero 2.º—Ya se ve que te lo digo.

Sepulturero 1.º—Pues vamos.

SEPULTURERO 2.º—Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1.º—Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por más que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: «El sepulturero.» ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el día del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo, y tráeme una copa de aguardiente.

ESCENA II

HAMLET, HORACIO, sepulturero primero

SEPULTURERO 1.º—Yo amé en mis primeros años, *(Cantando).*

dulce cosa lo juzgué;
pero casarme, eso no,
que no me estuviera bien.

HAMLET.—¡Qué poco siente ese hombre lo que hace. que abre una sepultura y canta!

HORACIO.—La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupación.

HAMLET.—Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene más delicado el tacto.

SEPULTURERO 1.º—La edad callada en la huesa *(Cantando).*

me hundió con mano crüel,
y toda se destruyó
la existencia que gocé.

HAMLET.—Aquella calavera tendría lengua en otro tiempo, y con ella podría también cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Caín el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podría ser muy bien la cabeza de algún estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.—Bien puede ser.

HAMLET.—O la de algún cortesano que diría: «Felicísimos días, señor excelentísimo; ¿cómo va de salud, mi venerado señor?» Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacía grandes elogios del potro del ca-

ballero Zutano para pedírsele prestado después. ¿No puede ser así?

Horacio.—Sí, señor.

Hamlet.—¡Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadón de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas... Pero ¿costó acaso tan poco la formación de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente se divierta en sus garitos con ellos? ¡Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

Sepulturero 1.º—Una piqueta *(Cantando).*
con una azada,
un lienzo donde
revuelto vaya,
y un hoyo en tierra
que le preparan:
para tal huésped
esto le basta.

Hamlet.—Y ésa otra, ¿por qué no podría ser la calavera de un letrado?... ¿A dónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribón grosero le golpee contra la pared con el azadón lleno de barro!... ¡Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este sería quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su ataúd, y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesión que la de un espacio pequeño capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará más.

Horacio.—Verdad es, señor.

Hamlet.—¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.—Sí, señor, y de piel de ternera también.

HAMLET.—Pues dígote, que son más irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesión de tales pergaminos... Voy á tramar conversación con este hombre. *(Al sepulturero).* ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1.º—Mía, señor.

Y un hoyo en tierra *(Cantando).*
que le preparan:
para tal huésped
eso le basta.

HAMLET.—Sí; yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: conque has mentido.

SEPULTURERO 1.º—Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.—¿Para qué muerto cavas esta sepultura?

SEPULTURERO 1.º—No es hombre, señor.

HAMLET.—Pues bien, ¿para qué mujer?

SEPULTURERO 1.º—Tampoco es eso.

HAMLET.—Pues ¿qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO 1.º—Un cadáver que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

HAMLET.—¡Qué taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque sino, es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuánto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mía, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talón... ¿Cuánto tiempo há que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1.º—Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el día que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

HAMLET.—¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO 1.º—¡Toma! ¿No lo sabéis? Eso sucedió el mismo día en que nació el joven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.—¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido a Inglaterra?

SEPULTURERO 1.º—Porque... porque está loco, y allí

cobrará su juicio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET.—¿Por qué?

SEPULTURERO 1.º—Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.—¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1.º—De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.—¿De qué modo?

SEPULTURERO 1.º—Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.—Pero, ¿qué motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO 1.º—¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.—¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1.º—De suerte que si él no corrompía ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET.—Pues ¿qué tiene él más que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1.º—Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mío, es la cosa que más pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veintitrés años.

HAMLET.—¿De quién es?

SEPULTURERO 1.º—¡Mayor hideputa, loco!..... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.—Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO 1.º—¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufón del rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet).

HAMLET.—¿Esta?

SEPULTURERO 1.º—La misma.

HAMLET.—¡Ay, pobre Yorick...! Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la

más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... Ve al tocador de una de nuestras damas, y dile, para excitar su risa, que por más que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esta misma transformación... *(Tira la calavera al montón de tierra inmediato á la sepultura).* Díme una cosa, Horacio.

Horacio.—¿Cuál es, señor?

Hamlet.—¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendría esa forma?

Horacio.—Cierto que sí.

Hamlet.—¿Y exhalaría este mismo hedor?... ¡Uh!

Horacio.—Sin diferencia alguna.

(El sepulturero primero, acabada la excavación, sale de la sepultura y se pasea hacia el fondo del teatro. Viene después el sepulturero segundo, que trae el aguardiente; beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)

Hamlet.—¡En qué abatimiento hemos de parar, Horacio... Y ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algún barril?

Horacio.—A fe, que sería excesiva curiosidad ir á examinarlo.

Hamlet.—No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... Y ¿por qué con este barro, en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hen-

diduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... Sí... aquí viene el rey, la reina, los grandes... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es éste!... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad. Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, un cura, dos sepultureros, acompañamiento de damas, caballeros y criados.

(Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar á donde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)

Laertes.—¿Qué otra ceremonia falta?

Hamlet.—Mira, aquél es Laertes, joven muy ilustre.

Laertes.—¿Qué ceremonia falta?

El cura.—Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se le han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

Laertes.—¿Con que no se debe hacer más?

El cura.—No más. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos, cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquéllos que parten de esta vida con más cristiana disposición.

Laertes.—Dadle tierra, pues. *(Ponen el cadáver de*

Ofelia en la sepultura). Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á ti, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

Hamlet.—¡Qué!... ¡La hermosa Ofelia!

Gertrudis.—Dulces dones á mi dulce amiga. *(Esparce flores sobre el cadáver).* Adiós... Yo deseaba que hubieras sido la esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial.... pero no tu sepulcro.

Laertes.—¡Oh! ¡una y mil veces sea maldito aquél cuya acción inhumana te privó á ti del más sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echéis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... *(Métese en la sepultura).* Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagáis un monte que descuelle sobre el antiguo Pelión, ó sobre la azul extremidad del Olimpo que toca los cielos.

Hamlet.—¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su aflicción á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(Atravesando por en medio de todos, va hacia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.)

Laertes.—El demonio lleve tu alma.

Hamlet.—No es justo lo que pides... Quita esos dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algún riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle... Quita de ahí esa mano.

Claudio.—Separadlos.

Gertrudis.—¡Hamlet! ¡Hamlet!

Todos.—¡Señores!

Horacio.—Moderaos, señor.

Hamlet.—No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

Gertrudis.—¿Qué causa puede haber, hijo mío?

Hamlet.—Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil her-

manos juntos no podrán con todo su amor exceder al mío... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

Claudio.—Laertes, mira que está loco.

Gertrudis.—Por Dios, Laertes, déjale.

Hamlet.—Dime lo que intentas hacer. *(Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan).* ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil, devorar un caimán? Yo lo haré también... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparación un terrón pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

Gertrudis.—Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algún tiempo; pero después, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crías, le veréis sin movimiento y mudo.

Hamlet.—Oyeme: ¿cuál es la razón de obrar así conmigo?... Siempre te he querido bien... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quisiera estorbarlo, el gato mayará y el perro quedará vencedor. *(Vase Hamlet y Horacio le sigue).*

Claudio.—Horacio, ve, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasión presente... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas más tranquilas; pero entre tanto conviene sufrir.

ESCENA IV

Salón de palacio, el mismo que sirvió para la representación, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET, HORACIO

Hamlet.—Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

Horacio.—¿No he de acordarme, señor?

Hamlet.—Pues sabrás, amigo, que agitado continuamente mi corazón en una especie de combate, no me permitía conciliar el sueño, y en tal situación me juzgaba más infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscreción suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por más que el hombre las ordene sin inteligencia.

Horacio.—Así es la verdad.

Hamlet.—Salgo, pues, de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la obscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideración, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y... ¡oh! mil temores y anuncios de mal, si me dejan vivo... En fin, decía que luego que fuese leída, sin dilación ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

Horacio.—¿Es posible?

Hamlet.—Mira la orden aquí *(le enseña un pliego, y vuelve á guardársele)*, podrás leerla en mejor ocasión. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

Horacio.—Sí, yo os lo ruego.

Hamlet.—Ya ves cómo rodeado así de traiciones, ya ellos habían empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algún tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenía?

Horacio.—Sí, señor.

Hamlet.—Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente mandatario, diciéndole que su recíproca amistad florecerá como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

Horacio.—¿Y cómo la pudisteis sellar?

Hamlet.—Aun eso también parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma dirección, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio... Al día siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

Horacio.—De ese modo, Guillermo y Ricardo caminan derechos a la muerte.

Hamlet.—Ya ves que ellos han solicitado este encargo; mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

Horacio.—¡Oh, qué rey éste!

Hamlet.—¿Juzgas tú que no estoy en obligación de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y

mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

Horacio.—Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

Hamlet.—Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es mío, y para quitar á un hombre la vida un instante basta... Sólo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas irritó en exceso mi cólera.

Horacio.—Callad... ¿Quién viene aquí?

ESCENA V

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE

Enrique.—En hora feliz haya regresado V. A. á Dinamarca.

Hamlet.—Muchas gracias, caballero... ¿Conoces á este moscón?

Horacio.—No, señor.

Hamlet.—Nada se te dé, que el conocerle es por cierto, poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por más que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del rey... Es la corneja más charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porción de polvo.

Enrique.—Amable príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupación que se lo estorbe, yo le comunicaría una cosa de parte del rey.

Hamlet.—Estoy dispuesto á oirla con la mayor atención... Pero emplead el sombrero en el uso á que fué destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

Enrique.—Muchas gracias, señor... ¡Eh! el tiempo está caluroso.

Hamlet.—No, al contrario, muy frío. El viento es norte.

Enrique.—Cierto, que hace bastante frío.

Hamlet.—Antes yo creo... á lo menos para mi complexión, hace un calor que abrasa.

Enrique.—¡Oh! en extremo... sumamente fuerte, como... yo no sé cómo diga... Pues, señor, el rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

Hamlet.—Tened presente que el sombrero se...

Enrique.—¡Oh! señor... lo hago por comodidad... cierto... Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la corte... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bienquisto de todos... Cierto, hablando sin pasión, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

Hamlet.—La pintura que de él hacéis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes se confundirían la aritmética y la memoria, y ambas serían insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo; pues el que presuma buscarla en otra parte sólo encontrará bosquejos informes.

Enrique.—V. A. acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

Hamlet.—Sí; pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora, entrometiendo en nuestra conversación las alabanzas de ese galán.

Enrique.—¿Cómo decís, señor?

Horacio.—¿No fuera mejor que le hablarais con más claridad? Yo creo, señor, que no os sería difícil.

Hamlet.—Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

Enrique.—¿De Laertes?

Horacio.—¡Eh! ya vació cuanto tenía, y se le acabó la provisión de frases brillantes.

Hamlet.—Sí; señor; de ése mismo.

Enrique.—Yo creo que no estaréis ignorante de...

Hamlet.—Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinión no me añadiría un gran concepto... Y bien, ¿qué más?

Enrique.—Decía, que no podéis ignorar el mérito de Laertes.

Hamlet.—Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

Enrique.—Yo lo decía por su destreza en el arma, puesto que según la voz general, no se le conoce compañero.

Hamlet.—¿Y qué arma es la suya?

Enrique.—Espada y daga.

Hamlet.—Esas son dos armas... Vaya, adelante.

Enrique.—Pues, señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (según he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa más bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!... ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

Hamlet.—Y ¿á qué cosa llamáis cureñas?

Horacio.—Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

Enrique.—Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

Hamlet.—La expresión sería mucho más propia, si pudiéramos llevar al lado un cañón de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Conque esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

Enrique.—El rey ha apostado que si batalláis con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres boto-

nazos los que él os dé; y él dice, que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignáis de responder.

Hamlet.—¿Y si respondo que no?

Enrique.—Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

Hamlet.—Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo ha por enojo, ésta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

Enrique.—Con que ¿lo diré en esos términos?

Hamlet.—Esta es la substancia; después lo podéis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

Enrique.—Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

Hamlet.—Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI

HAMLET, HORACIO

Hamlet.—El hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

Horacio.—Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascarón pegado á las plumas.

Hamlet.—Sí, y aun antes de mamar hacía ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del día con esa exterioridad halagüeña y obsequiosa.... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por más que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII

HAMLET, HORACIO, un Caballero

CABALLERO.—Señor, parece que S. M. os envió un recado con el joven Enrique, y éste ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El rey me envía á saber si gustáis de batallar con Laertes inmediatamente, ó si queréis que se dilate.

HAMLET.—Yo soy constante en mi resolución, y la sujeto á la voluntad del rey. Si esta hora fuese cómoda para él, también lo es para mí: conque hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposición que ahora.

CABALLERO.—El rey y la reina bajan con toda la corte.

HAMLET.—Muy bien.

CABALLERO.—La reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablarais á Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.—Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII

HAMLET, HORACIO

HORACIO.—Temo que habéis de perder, señor.

HAMLET.—No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja... Pero... no podrás imaginarte qué angustia siento aquí en el corazón... ¿Y sobre qué?... No hay motivo...

HORACIO.—Con todo eso, señor...

HAMLET.—¡Ilusiones vanas!... Especies de presentimientos capaces sólo de turbar un alma femenil.

HORACIO.—Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay por qué empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estáis indispuesto.

HAMLET.—No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que

es hora; y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podría ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir.

ESCENA IX

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, caballeros, damas, acompañamiento

Claudio.—Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento. *(Hace que Hamlet y Laertes se dén la mano).*

Hamlet.—Laertes, si estáis ofendido de mí, os pido perdón. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habréis oído, el desorden que mi razón padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazón, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera acción, en fin, capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasión (en que él á sí propio se desconocía) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid, pues, que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intención, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpón sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

Laertes.—Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante, ni admitir reconciliación alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto

recíproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.—Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.—Sí, vamos... uno á mí.

HAMLET.—La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.—No os burléis, señor.

HAMLET.—No, no me burlo.

CLAUDIO.—Dales floretes, joven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.—Sí, señor, y en verdad que habéis apostado por el más débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, según su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes, que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

CLAUDIO.—No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado después, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.—Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(Enrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro).

HAMLET.—Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.—Sí, señor.

CLAUDIO. — Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El rey beberá á la salud de Hamlet, echando en la copa una perla más preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el rey de Dina-

marca á la salud de Hamlet... Comenzad, y vosotros, que habéis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.—Vamos.

LAERTES.— Vamos, señor. *(Batallan Hamlet y Laertes).*

HAMLET.—Una.

LAERTES.—No.

HAMLET.—Que juzguen.

ENRIQUE.—Una estocada, no hay duda.

LAERTES.—Bien; a otra.

CLAUDIO.--Esperad... Dadme de beber. *(Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga después lá copa á Hamlet, y él rehusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos).* Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.—Esperad un poco. *(Vuelven á batallar).* Quiero dar este bote primero. Vamos... Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES.—Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.—¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.—Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y límpiate el rostro... La reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet.

(Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorbar; y Gertrudis bebe segunda vez).

HAMLET.—Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.—No, no bebáis.

GERTRUDIS.—¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.—¡La copa envenènada!..... Pero... no hay remedio.

HAMLET.—No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.—Ven, hijo mío, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.—Ahora veréis si le acierto.

(Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet).

CLAUDIO.—Yo pienso que no.

LAERTES.—No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

Hamlet.—Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomáis a fiesta: batallad, os ruego, con más ahinco. Mucho temo que os burléis de mí.

Laertes.—¿Eso decís, señor? Vamos. *(Batallan).*

Enrique.—Nada: ni uno ni otro.

Laertes.—Ahora... ésta...

(Vuelven á batallar; se enfurecen, truécanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad; Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusión.)

Claudio.—Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

Hamlet.—No, no, vamos otra vez.

Enrique.—Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!

Horacio.—¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

Enrique.—¿Cómo ha sido, Laertes?

Laertes.—Esto es haber caído en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traición.

Hamlet.—¿Qué tiene la reina?

Claudio.—Se ha desmayado al veros heridos.

Gertrudis.—No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!.... ¡Me han envenenado!

(Queda muerta en la silla).

Hamlet.—¡Oh, qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas... Traición... Buscad por todas partes...

Laertes.—No, el traidor está aquí. *(Dirá esto sostenido por Enrique).* Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano está el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente.

(Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes.)

Hamlet.—¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

Todos.—Traición, traición.

Claudio.—Amigos, estoy herido... Defendedme.

Hamlet.—¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿Está la perla aquí? Sí, toma, acompaña á mi madre.

Laertes.—¡Justo castigo!... El mismo preparó la poción mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre ti la muerte de mi padre y la mía, ni sobre mí la tuya! *(Cae muerto).*

Hamlet.—El cielo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, Horacio... Adiós, reina infeliz... *(Abrazando el cadáver de Gertrudis).* Vosotros, que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible.... Si yo tuviera tiempo... *(Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los manifestantes le acompañan y sostienen. Horacio hace extremos de dolor).* La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecución... Yo pudiera deciros... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

Horacio.—¿Vivir? No lo creáis. Yo tengo alma romana. y aun ha quedado aquí parte del tósigo.

(Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porción de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet, y la tira al suelo.)

Hamlet.—Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, querido Horacio! si esto permanece oculto, ¡qué manchada reputación dejaré después de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazón, retarda un poco esa felicidad que apeteces, alarga por algún tiempo la fatigosa vida en este mundo lleno de miserias, y divulga por él mi historia... ¿Qué estrépito militar es éste?

(Suena música militar, que se va aproximando lentamente)

ESCENA X

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE, un Caballero y acompañamiento

CABALLERO.—El joven Fortimbrás, que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís, a los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.—Yo espiro, Horacio; la activa ponzoña sofoca mi aliento.... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo á anunciar que Fortimbrás será elegido por aquella nación. Yo moribundo le doy mi voto... Díselo tú, e infórmale de cuanto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mí sólo queda ya... silencio eterno.

(Muere).

HORACIO.—¡En fin, se rompe ese gran corazón!... Adiós, adiós, amado príncipe. *(Le besa las manos, y hace ademanes de dolor).* ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!... Pero, ¿cómo se acerca hasta aquí ese estruendo de tambores?

ESCENA XI

FORTIMBRAS, dos embajadores, HORACIO, ENRIQUE, soldados, acompañamiento

FORTIMBRÁS.—¿En dónde está ese espectáculo?

HORACIO.—¿Qué buscáis aquí? Si no queréis ver desgracias espantosas, no paséis adelante.

FORTIMBRÁS.—¡Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia muerte, ¿qué festín dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR 1.º—¡Horroriza el verlo!... Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oídos á quienes debíamos dirigirlos son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, ¿quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.—No las recibiríais de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió orden para tales

muertes. Pero puesto que vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os halláis juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo, que lo ignora, el motivo de estas desgracias. Me oiréis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

Fortimbrás.—Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nación. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasión es justo reclamarlos.

Horacio.—También puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecución un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

Fortimbrás.—Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo sangriento más es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

FIN DEL DRAMA